

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

LA LLAMA VERDE


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CLARK CARRADOS

LA LLAMA VERDE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 289
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 25.584 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: setiembre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Estaba sentado en el suelo, sobre sus talones frente a la vela de color verde, que ardía con gran llama, también de color verde. De sus labios escapaba una monótona melopea, compuesta por palabras apenas inteligibles, con muy escasas variaciones tonales. De cuando en cuando, el doctor Stephen Hyganczy, tomaba una pulgarada del polvo que había en una cajita situada a su derecha y lo arrojaba sobre la llama de la vela. Entonces, se desprendían miríadas de chispas verdes, que estallaban en multitud de chispitas mucho menores.

La vela, a su vez, se hallaba situada en el centro de un extraño dibujo. Era una tabla de forma cuadrada, aproximadamente a sesenta centímetros de lado, pintada de negro. El dibujo consistía en siete estrellas de seis puntas, combinadas de tal forma que, en realidad, era una estrella múltiple de cuarenta y dos vértices. El color de la estrella era, naturalmente, el verde.

La estancia se hallaba forrada de negros cortinajes, que ocultaban las ventanas. El doctor Hyganczy estaba completamente absorbido en aquella tarea, que ya duraba largas semanas.

Todos los días, antes de la medianoche, se encerraba en aquella estancia, encendía la vela verde y daba comienzo a su melopea. Permanecía allí cosa de una hora y luego se retiraba a su habitación.

Aquella noche parecía ser una más. Por enésima vez, el doctor repitió su invocación:

—Uhulghor, señor de los espíritus, acude a mi mente. Ven, yo te llamo; ven y me tendrás y yo te tendré...

Repentinamente, un viento huracanado bramó en la habitación. La llama verde osciló con gran violencia, situándose en una posición casi horizontal, pese a lo cual no se apagó. Las paredes temblaron perceptiblemente.

El cuerpo de Hyganczy sufrió un terrible estremecimiento. Sus ojos voltearon en las órbitas durante unos instantes, a la vez que se atirantaba la piel de su rostro. Sus manos se crisparon y los dedos se engarfiaron como garras de un felino. Los dientes crujieron y chasquearon como si fueran a romperse los unos contra los otros.

Luego, Hyganczy volvió a la normalidad. La llama verde tornó a su posición vertical. El doctor dijo:

—Ya estás en mi, Uhulghor. Ya soy tuyo y tú eres mío.

—Si —contestó una voz en lo más profundo de la mente de Hyganczy—, ya estoy dentro de ti. Tú eres mío y yo soy tuyo.

—Tendrás mi cuerpo para tu satisfacción y yo dispondré de tu mente. ¿Te satisface el trato?

—Sí, me satisface.

—Entonces, dime. ¿Puedes ver el futuro?

—¿Qué quieres ver del futuro?

—Oro.

—No. Te puedo ayudar para que consigas la riqueza, pero nada más.

—Oh... Bueno, eso es algo. Uhulghor, dime, ¿te irás alguna vez de mí?

—Tendrás que echarme tú.

—No lo haré jamás —rió el doctor—. Estarás siempre conmigo, siempre, según decreta el pergamino mágico. Tú disfrutarás en mí de una existencia camal y yo dispondré de una mente superior a la de todos los humanos. Uhulghor, tú y yo somos ya uno solo.

—Sí, somos uno solo.

El doctor Hyganczy se inclinó hacia adelante y apagó la vela. Entonces, su ama de llaves, que había estado contemplando la escena, a través de una rendija de la puerta, dio media vuelta y huyó silenciosamente para no ser descubierta.

* * *

A Delbert Garfield le chocó notablemente que aquel estrafalario sujeto apostase por «Néstor», un viejo penco por el que, en una subasta, nadie habría dado más de cinco dólares, importe de las herraduras que calzaba. Era lo único que valía algo en aquel mísero caballejo, cuya sola contemplación inclinaba a la pena inmediatamente. Las apuestas por «Néstor» estaban nada menos que cincuenta a uno.

Garfield vio que el sujeto de aspecto estrambótico, con rostro de corneja y bigote de lacias guías, apostaba nada menos que dos mil dólares a favor de «Néstor». El empleado se compadeció del apostante.

—Caballero... ejem, no es nuestra costumbre... pero si quiere arriesgar su dinero... hágalo por otro caballo..., «Néstor» no tiene la más remota posibilidad..

—He dicho dos mil dólares a favor de «Néstor» —insistió firmemente el doctor Hyganczy.

El empleado se encogió de homo ros.

—Como usted quiera. —Tomó el dinero y entregó los boletos a cambio—. Que haya suerte, señor —añadió irónicamente.

AI marcharse el doctor, Garfield se acercó a la ventanilla de apuestas.

—¿Lo conoce usted, Tom? —preguntó.

—Algún chiflado, sin duda. Borracho no está, porque no huele... Pero, mira que apostar a «Néstor»... Debe de ser un tipo excéntrico, con ganas de tirar el dinero... A ese penco no lo querrían ni en una plaza de toros, señor Garfield.

Pero Garfield, sin saber por qué, se había sentido profundamente impresionado por la decisión del desconocido.

—¿Quién sabe? —sonrió—. A lo mejor acierta, Tom.

—Sí, será porque antes habrá matado a tiros a los demás competidores. Bueno, señor Garfield, ¿no arriesga hoy siquiera cien «pavos»?

A Garfield, en aquellos momentos, no le hacía la menor gracia arriesgar un dólar. A pesar de que conocía al empleado de las apuestas, no era un habitual de los hipódromos. Si ahora se encontraba en las carreras, era porque su jefe le había encomendado una misión muy especial: acompañar a la opulenta Magda Van Brueghlin, propietaria de una espléndida colección de pozos petrolíferos y, accidentalmente, turista en la ciudad. Su jefe y la señora Van Brueghlin, opulenta en todos los sentidos, no sólo en el monetario, tenían intereses comunes; pero aquel día, el jefe debía asistir a una importantísima reunión, y había delegado en Garfield para que hiciera los honores a la dama. «Gaste sin tasa y pásame luego factura», le habían dicho a Garfield aquella misma mañana. Bueno, pensó, los cien dólares irían a la cuenta de gastos.

—De acuerdo, Tom: cien pavos a «Néstor».

Entregó el dinero y recogió los billetes. La señora Van Brueghlin compareció a los pocos momentos.

—Perdóneme, Delbert —se excusó—. Creo que me he entretenido en el tocador más tiempo del conveniente.

Garfield se inclinó.

—No tiene por qué disculparse, señora —dijo, cortés—. Estoy a su entera disposición. Magda le dirigió una mirada crítica. Era una cuarentona todavía muy atractiva, viuda una vez y dos divorciada, con un gran conocimiento de la vida. Garfield se sintió inquieto al verse estudiado como si fuese un bicho raro o poco menos.

—Vamos, Delbert —dijo ella, a la vez que se colgaba de su brazo—; la carrera está a punto de empezar. He apostado cinco mil a «Lord Grant». ¿Y usted?

Garfield hizo un gesto ambiguo.

—Sólo cien, señora. Pero no a «Lord Grant» —contestó.

—Perderá usted —rió ella—. Mi caballo es el favorito.

Magda estaba equivocada. «Lord Grant» llegó el penúltimo. «Néstor», ante la estupefacción general, ganó por tres cuerpos de ventaja.

Garfield contempló estupefacto sus boletos. «Néstor» se pagaba cincuenta a uno.

Había ganado, por tanto, cinco mil dólares.

¿Y el tipo chiflado?

Echó cuentas. Dos mil dólares...

—¡Cielos, se ha embolsado cien mil!

* * *

—¿Decía...? —preguntó Magda, mientras, despechada, hacía trizas sus boletos.

—Con su permiso, señora; voy a cobrar. Yo apostaba por «Néstor». ¿Le importaría aguardarme aquí unos minutos?

—Vaya, Delbert —accedió ella—. Luego celebraremos los dos sus

ganancias.

Había en aquella voz insinuante una nota que Garfield no podía desconocer. Se preguntó si los cinco mil dólares que iba a cobrar no le permitirían dejar a la señora Van Brueghlin en el hotel y escapar luego una temporada, aun a riesgo de ser despedido. Se lo pensaría, decidió, finalmente.

El tipo estrambótico rechazó contundentemente el cheque que le ofrecían como importe de sus ganancias.

—Di billetes y quiero billetes —dijo firmemente.

—Muy bien, señor.

Minutos después, la ventanilla quedaba libre. Garfield avanzó y miró a Tom.

—Yo también he ganado —dijo.

—¿Qué le han dado a «Néstor»? ¿Inyecciones de combustible para cohetes espaciales? —refunfuñó el empleado.

—Pida que le analicen la sangre, Tom —rió Garfield. Pero sabía que «Néstor» había pasado sin dificultad todos los análisis y que, salvo la sorpresa, no había habido trampa en absoluto en aquella sensacional carrera.

Con el cheque en el bolsillo, se reunió de nuevo con Magda. Ella se lo llevó a cenar al restaurante más lujoso. Garfield quiso pagar la cuenta, pero Magda se negó rotundamente, a la vez que lanzaba ardientes miradas hacia aquel hombre tan atractivo.

—Los gastos corren de mi cuenta, queridito —dijo ella.

Garfield se resignó. Bien mirado, Magda era una mujer muy atractiva. Tendría que sacrificarse, pensó.

—Ahora iremos al teatro... —dijo al terminar—. Tengo dos localidades...

—Nada de teatro —cortó ella imperativamente—. Tomaremos una copa de champaña en mi apartamento.

—Sí, señora.

La mujer inclinó hacia adelante el busto opulento.

—Mi nombre es Magda, Delbert —indicó.

—Sí, Magda.

—Anda, vamos ya, Delbert.

Había ciertas urgencias en la voz de la mujer. Era una fulana rica, caprichosa; podía pagarse los hombres, reconoció Garfield con cierta tristeza, aunque resultase todavía enormemente atractiva. Pero su mismo dinero le permitía elegir al compañero de una noche.

Al salir del restaurante, se encaminaban al aparcamiento, situado en una explanada, deficientemente iluminada. Cuando Garfield se disponía a abrir el «Cadillac» de Magda, sintió algo puntiagudo en el cuello.

—No te muevas, muchacho —dijo el hombre.

Garfield se inmovilizó en el acto. Casi en el mismo instante, surgió otro individuo por el lado opuesto, igualmente provisto de una navaja.

—Tú, gorda, dame las joyas, rápido —pidió.

—Delbert, me ha insultado —exclamó Magda, ofendida.

—Pon las manos encima del coche —ordenó el atracador que amenazaba al joven.

—Lo siento. Magda —dijo Garfield.

—Vamos, tú, el collar... También veo unos anillos y un reloj precioso... ¿Quieres que te rebane ese seboso pescuezo?

Magda palideció. Claramente se daba cuenta de que los forajidos no bromeaban. Con mano trémula, empezó a soltar el broche de su reloj de platino y brillantes.

En aquellos instantes, se oyó una voz:

—Por favor los caballeros de las navajas, acérquense.

Garfield volvió la cabeza. Atónito, vio a pocos pasos de distancia al chiflado que le había hecho sanar cinco mil dólares en el hipódromo. Pero su asombro subió de punto al comprobar que los forajidos obedecían sin rechistar la orden recién emitida.

—Está bien —dijo el hombre—. Ahora, apuñálense recíprocamente el hombro izquierdo. Así... muy bien...

Sonaron dos agudos gritos de dolor. Dos hombres rodaron por el suelo, revolcándose como posesos. Sin hacerles el menor caso, el misterioso individuo, se acercó a Magda y tomó su mano derecha.

—Señora, permítame que me presente: Stephen Hyganczy, médico —dijo. Y se inclinó para besar la mano femenina, ignorando por completo la presencia de Garfield.

—Gra... gracias, doctor... Yo me llamo Magda Van Brueghlin...

—Celebro infinito haberla salvado de un grave apuro, señora Van Brueghlin —manifestó Hyganczy con gran prosopopeya.

—<No sé qué decirle, doctor... Pero esos infelices...

«Los atracadores continuaban en el suelo, quejándose sordamente. Hyganczy movió una mano despectivamente.

—¡Marchaos!

Los dos frustrados ladrones se levantaron y empezaron a caminar dificultosamente. Hyganczy miró un instante a Garfield. El joven creyó ver fuego en sus pupilas.

Pero el doctor no tardó mucho en despreocuparse de él. Volviéndose hacia Magda, dijo:

—Señora, me gustaría infinito serle útil en algo.

—Pues... a mí me agradaría muchísimo invitarle a una copa. Debo mostrar mi agradecimiento con algo mejor que palabras...

—Estoy por entero a su disposición, señora. Pero, por favor, llámeme Stephen.

—Sí, Stephen. Recuerde mi nombre, se lo ruego.

—El nombre de Magda me gusta muchísimo —sonrió Hyganczy—. ¿En dónde podremos tomar la copa?

—¿Le parece bien en mi apartamento, Stephen?

—Maravilloso.

Garfield carraspeó en aquel instante, para hacer notar su presencia. Magda se volvió hacia él, con la sonrisa en los labios.

—Nos dispensa, ¿verdad, Delbert?

—No faltaría más, señora —respondió el joven cortésmente—. Y, si les parece bien, yo mismo conduciré el coche.

—Gracias, Delbert. Es usted un buen muchacho y se lo diré así a su jefe, en la primera ocasión que se presente.

Aquella misma noche, mientras, exhausta de placeres, Magda dormía profundamente, el doctor Hyganczy hizo una pregunta al ser que vivía en su interior:

—¿Te ha gustado, Uhulghor?

—Creo que ambos hicimos un buen trato, Stephen.

CAPITULO II

Profundamente interesada. Thelma Conway leyó una vez más el papel que tenía en sus manos. Era una especie de misteriosa invocación, copiada de un documento que el doctor tenía en su despacho privado, contiguo a la habitación en donde, hasta hacía poco, había efectuado aquellos misteriosos ritos.

El ama de llaves había copiado el escrito, el cual, a su vez, según había podido deducir, era otra copia, en lenguaje actual, de un documento antiquísimo, cuyo origen no le importaba en absoluto. Lo que sí le interesaba ciertamente era hacer realidad lo que se decía en aquel papel. Las fórmulas estaban descritas con absoluto detalle. Si repetía las mismas operaciones...

Pero Uhulghor, el ser que moraba en las tinieblas y que podía dar a un mortal todo cuanto ambicionase, a cambio de alojarse en su mente y disfrutar de su cuerpo, no tenía compañero. Era único y ahora estaba con el doctor. Y el doctor, en los últimos tiempos, había cambiado mucho, incluso en el aspecto físico.

Las entradas de la frente de Hyganczy habían desaparecido, al recobrar el pelo perdido. Ya no había canas en sus sienes. Su rostro, sin engrosar, se había suavizado. No había encorvamiento de sus hombros; ahora era un tipo alto, erecto, gallardo. Cuando le conoció ella, el doctor andaba por los cincuenta años. Ahora, ni siquiera parecía tener cuarenta.

Hyganczy, además, había ganado muchísimo dinero. Thelma le había visto algunas semanas antes con un enorme fajo de billetes. Hubo temporadas en que el doctor no podía pagarle el salario. Ahora, se lo había duplicado.

Thelma se contempló en el espejo. ¿Era verdad que Uhulghor podía conseguir tantas cosas?

El ama de llaves vio reflejado en el cristal azogado el rostro de una mujer prematuramente avejentada, con el pelo de rata, los ojos menudos y la nariz ganchuda. El pecho, ella lo sabía mejor que nadie, era fláccido y las caderas, por contraste, resultaban demasiado amplias. No, Thelma no había tenido nunca pretendientes. Siempre había sido una mujer fea y, ahora, a los casi cuarenta años, parecía una bruja, admitió amargamente.

¿Y si resultaba verdad que Uhulghor podía resolver sus problemas? Pero Uhulghor era propiedad del doctor y éste propiedad de Uhulghor. Separándose del espejo, leyó una vez más la fórmula misteriosa.

Si el doctor moría, Uhulghor tendría que abandonar un cuerpo carente de vida, pensó.

Pero también podía ocurrir que Uhulghor muriese con el doctor. Entonces,

Había una solución extrema, por supuesto. Hyganczy se había vuelto muy liberal y desprendido últimamente. Ella sabía dónde había grandes cantidades de dinero. El doctor, ignoraba las causas, no era demasiado partidario de los Bancos. Últimamente, había llegado a ver una cantidad, en buenos billetes,

que no estimaba inferior a los cincuenta mil dólares.

Sí, el doctor se había rejuvenecido y estaba gozando de la vida como un jovenzuelo derrochador, hijo de un padre millonario y generoso. Si Uhulghor moría, siempre le quedaría el recurso de apoderarse del dinero.

Por tanto, Thelma Conway empezó a buscar los ingredientes necesarios para fabricar una vela verde, de llama verde, y que tan bien se describían en el misterioso documento.

Tardó un par de semanas, pero, al fin, tuvo todo listo. Sólo necesitó una ocasión propicia, cierta noche de tormenta en que el doctor, algo fatigado, según dijo, prefirió quedarse en casa, para reponer fuerzas.

Con el café que tomó después de la cena. Hyganczy tomó también un potente veneno. Para entonces, Thelma estaba ya en la habitación tapizada de negro, con la vela encendida.

* * *

De súbito. Thelma sintió una terrible sacudida. Creyó que le arrancaban los ojos. Sus dientes crujieron horriblemente. Le pareció que alguien quería despellejarle la cara con unas pinzas. Luego, todo fue tranquilidad y calma.

—Uhulghor —llamó.

—Estoy aquí —contestó el ser—. ¿Qué ha pasado?

—El doctor ha muerto —dijo ella.

—He padecido mucho. ¿Por qué lo has hecho?

—Uhulghor, ahora yo soy tuya y tú eres mío. Ese es el pacto que estableciste con el doctor.

—Sí, es cierto.

—A él le concediste ciertas facultades, ¿no es verdad?

—Sí.

—Yo también quiero que hagas lo mismo conmigo. A cambio, ya sabes, disfrutarás de mi cuerpo.

En el interior de su mente. Thelma sintió una especie de resoplido.

—Eres una mujer —dijo Uhulghor.

—Un ser humano —puntualizó ella—. La fórmula no menciona el sexo.

—Eso es verdad. Yo soy tuyo y tú eres mía.

—Pero mi cara no es agradable y tengo un cuerpo horrible.

—Cambiarás.

—El doctor también había cambiado.

—Eso te convencerá de mis poderes.

—He tenido ocasión de apreciarlo. Uhulghor, ¿no sentirás extrañeza por hallarte en el cuerpo de una mujer?

Thelma creyó oír una risita en el interior de su mente.

—Resultará una experiencia fascinadora, algo completamente nuevo para mí — contestó el ser.

—Para los dos será nuevo —dijo ella con la amargura en que se reunían las

frustraciones de casi veinte años de vida solitaria y sin afectos. Pero, de repente, se sintió por un extraño impulso, como si, en un instante, hubieran renovado toda la sangre de sus venas, cambiándosela por completo, la vieja y gastada, por una nueva y pletórica de juventud y ansias de vivir.

Lentamente, se puso en pie.

—Gracias, Uhulghor —murmuró.

Apagó la vela. Salió de la estancia y regresó al salón.

El doctor Hyganczy estaba en su sillón de orejeras, con la cabeza inclinada a un lado, absolutamente inmóvil. Con toda tranquilidad, Thelma recogió el servicio de café.

El líquido sobrante fue arrojado al sumidero. A continuación, Thelma hizo una cantidad análoga de café. Sabía cuánto había tomado el doctor y ella bebió la misma dosis. Luego dejó todo en el salón, tal como estaba unos minutos antes.

Media hora más tarde, llamó a un médico que vivía en la vecindad. El doctor Carruthers la había atendido a ella en un par de ocasiones, de ligeras molestias, específicamente femeninas. También había curado una gripe del difunto Hyganczy.

Carruthers llegó y confirmó la defunción. Ella explicó:

—Hoy había decidido quedarse en casa, debido al mal tiempo. Como en ocasiones análogas, le serví la cena y luego el café. Después, me fui a la cocina. Cené, retiré el servicio y fregué la vajilla. Al terminar, me dispuse a retirarme. Cuando me asomé para darle las buenas noches, lo vi inmóvil. Pensé primero que se habría quedado dormido, pero eso no era su costumbre, así que me acerqué y...

Carruthers meneó la cabeza pesarosamente.

—¡No cabe la menor duda —diagnosticó—: Un paro cardíaco. Sobreviene cuando menos se espera y a las personas que, aparentemente, gozan de una salud a prueba de bombas... ¿Tenía parientes el doctor Hyganczy?

—No, que yo sepa. Jamás le oí mencionar a su familia. Pero puedo mirar en sus papeles, por si encuentro algo...

—Hágalo —aconsejó el doctor Carruthers.

—Habrá que avisar a la policía —dijo Thelma.

—¡Qué tontería! Las causas de la muerte son bien claras. La policía no tiene que hacer nada en un caso evidente de fallecimiento por causas naturales.

—Como usted diga, doctor. Yo lo decía solamente, por evitar que se produjeran actitudes suspicaces... a sabe, el difunto y yo estábamos solos en esta casa. . Tenía dinero y...

—Nada, nada, usted no tiene motivos para sentirse preocupada, señora Conway — aseguró el galeno rotundamente.

Thelma sacó un pañuelo y se limpió los ojos.

—Era tan bueno, tan considerado. . Siempre me trató con la mayor amabilidad y yo procuraba corresponderle, teniendo todo en orden y atenta en

todo momento a sus deseos... —gimoteó.

A su debido tiempo, el doctor Hyganczy fue incinerado y enterrado en una ceremonia muy sencilla, que tuvo como único asistente al ama de llaves. Thelma había examinado a fondo los papeles personales del difunto y no encontró nada que hiciera la menor referencia a un abogado y a un posible testamento.

Sí, en cambio, había un talonario de cheques, para utilizar en una cuenta corriente, cuyo saldo total no pasaba de los diez mil dólares. En uno de los cajones, encontró billetes por una cantidad que rebasaba holgadamente los cincuenta mil.

Tras muchas reflexiones, Thelma decidió quedarse en la misma casa. Era un edificio viejo, de estilo anticuado, pero en buen estado de conservación, con un gran jardín a su alrededor. Hyganczy no se había preocupado del jardín, pero ella decidió que lo haría más adelante.

La casa estaba situada en una zona relativamente aislada, algo apartada de la ciudad. Su misma situación la había convertido en una propiedad poco atractiva, por lo que su propietario había aceptado sin dificultades la proposición de alquiler que le hiciera Hyganczy unos años antes. Ahora, cuando Thelma Conway le dijo que ella continuaría residiendo en la casa y pagando el alquiler concertado, el dueño se sintió muy aliviado y aceptó el trato sin vacilar.

Una vez terminadas todas estas operaciones, Thelma se «encaró» con el ser que llevaba en su interior.

—Y ahora, Uhulghor... ¡el mundo es nuestro! —clamó—. No te olvides de tus promesas, y yo no me olvidaré de las mías.

—Sí, pero, recuerda, una vez, cada siete semanas, tienes que quemar una vela verde en mi honor. Y debes elaborarla con tus propias manos.

—Lo haré, descuida.

* * *

De pronto, Delbert Garfield se encontró con Magda Van Brueghlin.

—¡Mi querido amigo! —Exclamó la opulenta dama—. ¿Cómo se encuentra? Hace más de un año que no nos vemos... ¿Qué es de su vida, Delbert?

El joven puso cara de circunstancias y aceptó la mano que le tendían.

—Ya puede ver, señora, trabajando —contestó—. Usted, tan hermosa como siempre...

Magda, halagada, sonrió.

—Es usted un condenado adulador —dijo—. Me estoy haciendo ya vieja y... Por cierto, ¿ha visto al doctor Hyganczy? Lo recuerda, ¿verdad? Aquel hombre tan agradable, dotado de unos poderes extraordinarios... Nunca olvidaré la noche que nos salvó de un grave apuro... ¿Sabe algo de él?

—No he vuelto a verle, señora —respondió Garfield—. Pero, si quiere que

haga algo en ese sentido

—Oh, no, no se preocupe; ya lo haré yo... Adiós, amigo mío; volveremos a vernos.

—Siempre a su disposición, señora Van Brueghlin.

Garfield se alejó. Magda entró en su coche, guiado por un chófer uniformado. El joven, por su parte, consultó su reloj.

Aquella tarde había carreras. Un amigo suyo iba a probar un potro que, decía, resultaría la sensación de los hipódromos. Por amistad y también por curiosidad, decidió presenciar la actuación del caballo

Se llamaba «Flyng Penny» y corría en la cuarta carrera. También corría un caballo llamado «Red Bowl», por el que las apuestas estaban treinta y cinco a uno.

En honor a su amigo. Garfield decidió arriesgar veinte dólares. Si ganaba, cobraría sesenta. «Flyng Penny» estaba tres a uno. Con esas intenciones, se acercó a una de las taquillas de apuestas, en la que se hallaba su viejo conocido Tom Rowe.

CAPITULO III

Cuando ya llegaba a la ventanilla, se le anticipó una mujer. Rondaría los cuarenta, aunque sin rebasarlos, y era alta y de agradable figura, vestida con singular elegancia, destacando en su indumentaria una valiosa estola de piel de zorro azul. En la enguantada mano izquierda, sostenía una larga boquilla negra, con un humeante cigarrillo, que le confería un cierto aspecto de espía en una película de ambiente de principios de siglo. El rostro de la mujer, apreció Garfield, tenía cierta expresión de dureza, aunque también un extraño atractivo, pese a que sus facciones no eran académicamente bellas. Pero emanaba de ella una rara atracción, que resultaba difícil ignorar. Tal vez ello consistía en la misma falta de una hermosura clásica, pensó Garfield.

—Por favor, anóteme dos mil dólares a «Red Bowl» —solicitó la mujer.

—Señora, si me lo permite... —empezó a decir Tom, pero ella le atajó inmediatamente.

—No, no se lo permito —dijo con gran frialdad—. Por favor, dos mil a «Red Bowl».

—Sí, señora, como usted ordene...

La mujer se alejó. Garfield se acercó a la ventanilla.

—Tiene ganas de tirar su dinero —refunfuñó el empleado—. Usted por «Flyng Penny», ¿no es cierto, señor Garfield?

El joven volvió la cabeza. Aquella exótica dama se había parado a unos pasos de distancia y parecía muy ocupada en renovar el cigarrillo de su boquilla.

—¿Sabes, Tom? Me estoy acordando de algo que sucedió hace un año más o menos — contestó—. También entonces vino un tipo chiflado y apostó por un penco reumático.

—Y se llevó cien mil «pavos», sí, señor, me acuerdo perfectamente. Nunca olvidaré aquella carrera, señor Garfield. Pero es que estas cosas no pasan dos veces en la vida.

—¿Y si pasaran? Mira, Tom; por si acaso, anótame cincuenta a «Red Bowl», ¿eh?

—Muy bien, como guste, pero, en mi opinión, «Flyng Penny» ganará por media docena de cuerpos. Si yo no fuese empleado, también apostaría por él, créame.

—Es otra corazonada, como aquella vez —sonrió Garfield.

Momentos después, se retiraba de la ventanilla. Entonces vio que una joven se acercaba a la dama de la piel de zorro plateado.

—Señora... Oiga... ¿no es usted... Thelma Conway? La mujer volvió la cabeza con displicencia.

—Así me llamo, señorita —contestó.

—Ya me parecía a mí, tía Thelma —dijo la muchacha alegremente—. ¿No me conoces? Soy Nellie, la hija de tu prima Annie Stimson...

—Ah, Nellie, claro.. Es que estás muy cambiada, hijita. Hace más de quince años que no nos veíamos... ¿Cómo está tu madre, muchacha?

—Bien, perfectamente, y papá lo mismo... Tía, tú estás muy guapa. Ni siquiera sé cómo he llegado a conocerte... ¿vives aquí?

Thelma Conway abrió su bolso y entregó una tarjeta a la joven.

—Esta es mi dirección —dijo—. Ven a visitarme cuando quieras, Nellie.

—Gracias, tía. Iré en cuanto me sea posible... Hoy mismo llamaré a mis padres y les daré la noticia. ¡Hace tanto tiempo que no saben de ti!

—He estado fuera del país, Nellie. Ahora, dispénsame, por favor.

—Sí, como gustes, tía.

Garfield se dedicó a contemplar a la muchacha, de esbelta figura y cabellos castaños muy brillantes. No era una adolescente precisamente, aunque pasaba muy poco de los veinticinco años, estimó. El vestido era elegante, sin estridencias, muy sencillo. Garfield se preguntó qué podía hacer en el hipódromo una joven como aquélla, que no tenía la apariencia de una habitual.

Pero la carrera iba a comenzar y buscó un lugar donde presenciarla con buena visualidad. Unos minutos más tarde, sabía que sus cincuenta dólares se habían transformado en mil setecientos cincuenta.

Parpadeó. ¿Había en el país personas capaces de adivinar ciertas carreras? No había producido ningún amaño, ninguna trampa; los caballos habían corrido al límite de sus fuerzas... pero «Red Bowl», en el que nadie pensaba, había ganado por cuerpo y medio de ventaja al favorito.

Creyendo casi que soñaba, corrió a la ventanilla de apuestas. La dama elegante ya estaba allí.

—Setenta mil dólares, me parece —dijo, con la mejor de sus sonrisas.

—Sí... sí, señora... —tartamudeó el empleado—. ¿Billetes o un cheque, señora?

—Un cheque, por favor.

A Garfield le tocó el tumo instantes más tarde.

—Hola, Tom —dijo.

—Je —contestó el empleado—. ¿Un chequecito, señor Garfield?

—¿Qué le vamos a hacer? Las cosas de la vida son así. Tom, sí, señor.

—Y usted que lo diga. ¿Sabe lo que voy a hacer a partir de este momento? Mi primo Jonathan tiene un puesto de hamburguesas y «perros calientes». Iré a pedirle que me dé un empleo...

Garfield se echó a reír al escuchar las melancólicas quejas del empleado. Tom sostenía que el mundo estaba al revés y él quería vivir en un mundo donde todas las cosas salieran a derechas y ganaran las carreras los caballos que debían ganarlas y no otros.

De pronto, oyó un grito de mujer:

—¡Eh, alto! ¡Párate, Zack! Alto te digo, ¿me oyes?

Garfield volvió la cabeza instantáneamente. Aquella chica, Nellie Stimson, perseguía a un sujeto, que corría furiosamente delante de ella. «Le habrá

robado el bolso», pensó en el acto.

El perseguido iba a pasar a su altura. Garfield, deseoso de ayudar a la muchacha, alargó la pierna izquierda y el hombre cayó de bruces, cuan largo era. Entonces, la chica se le arrojó encima y, visto y tío visto, le puso un par de esposas en las muñecas.

—Te cacé, Zack el Flaco —dijo, vivamente satisfecha—. Vamos, ponte en pie; tienes muchas cosas que contamos en Jefatura.

Garfield se sentía estupefacto. De modo que aquella hermosa joven era nada menos que una mujer policía.

Ella le miró sonriente, con las mejillas encarnadas y el pecho alborotado a causa de la carrera.

—Agradezco infinito su ayuda, señor —dijo—. Si no hubiera sido por usted, este tipo se me habría escapado. Soy la agente Stimson —se presentó.

Garfield se quitó un instante el sombrero.

—Delbert Garfield, a su disposición, agente —saludó, cortés, en el momento en que otro hombre, de mediana edad y frondoso bigote, se acercaba al pequeño grupo.

—Vaya, al fin te hemos echado el guante. Flaco —dijo alegremente—. Buen trabajo, agente Stimson —felicitó a la muchacha.

—Déle las gracias al señor Garfield, sargento Brown —contestó ella—. Gracias a él he podido alcanzar a este pájaro de cuenta. Por cierto, tiene en los bolsillos una cartera que no es suya.

—Ya me lo imagino, muchacha —contestó el policía, a la vez que ponía una mano en el hombro del carterista—. Gracias por su colaboración ciudadana, señor Garfield.

—Este mundo andaría mucho mejor, si la gente no se metiera en asuntos ajenos — refunfuñó el Flaco, disgustadamente.

Brown y su prisionero se alejaron. Nellie tendió una mano al joven.

—Encornada, señor Garfield —dijo.

—Ha sido un placer —contestó él, con un segundo sombrerazo. Luego, mientras la veía alejarse, murmuró una frase harto corriente—: ¿Quién se lo iba a pensar?

Luego, de pronto, recordó sus ganancias y se dijo que lo más conveniente sería celebrarlo. ¿Con quién?

—Si, May Spotter es la persona indicada —decidió finalmente.

* * *

May Spotter era una rubia de unos treinta años, de curvas abundantes y larga experiencia en todos los aspectos de la vida. Un par de horas después de la primera copa de champaña, abandonó el lecho y se puso una bata de un tejido tan transparente como el cristal. Luego encendió un cigarrillo y arrojó al techo las primeras bocanadas de humo.

—Dices que fue una mujer muy elegante la que apostó dos mil a favor de

«Rea Bowl»...

—Así es. —Garfield estaba en la cama, con un cigarrillo en los labios y las manos bajo la nuca. Ya había contado a May lo sucedido y ella, después de conocer la historia, parecía muy interesada en el asunto.

—A ver, descríbemela —pidió la rubia.

Garfield procuró recordar los mayores detalles posibles de la mujer. Cuando terminó May hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, la conozco, aunque solamente de vista. Su nombre es Thelma Conway. Se dice que hace un año o cosa así, era ama de llaves de un médico extravagante, que murió de un ataque al corazón. Seguramente, le dejaría algo de dinero en herencia, suele suceder así, Delbert.

—Sí, ocurre a veces. ¿Qué más?

—Esa mujer parece tener un ojo de águila para el juego. Yo la vi una vez en la ruleta del Sharkoon's y acertaba siete de cada diez apuestas. Aquella noche se llevó nada menos que ochenta mil pavos. Otro día, en una de las salas privadas del mismo casino, jugó al póquer y ganó cuarenta y tantos mil.

—Y hoy en las carreras, setenta mil.

—Algunos dicen que tiene visión de rayos X —rió May—. En confianza, para mí, no es más que una mujer que se arriesga, aunque, eso sí, con gran psicología.

—Pero «Red Bowl» no podía ganar de ningún modo y llegó el primero —exclamó Garfield.

May se encogió de hombros.

—Habrán hecho trampa —supuso.

—Nada de trampa. Todo ha sido perfectamente legal, lo mismo que el día en que aquel misterioso individuo... ah, sí, ahora recuerdo su nombre, doctor Hyganczy, se llevó bonitamente cien mil dólares por haber apostado a otro penco indecoroso llamado «Néstor». Por cierto, ¿no aprendería ella de ese médico el truco para ganaren el juego?

—No creo que eso importe mucho ahora respondió la rubia.

—Sí, puede que tencas razón... Pero el doctor Hyganczy... Yo le vi aquella noche. Dos atracadores intentaron robamos. Empleaban navajas... y el doctor les ordenó que se apuñalaran recíprocamente.

—¿Y lo hicieron? —preguntó May, devorada por la curiosidad.

—Les ordenó clavarse las navajas en cada hombro izquierdo —respondió el joven—. Lo hicieron... y cuando él les mandó marcharse, se fueron.

—Vamos, como esos hipnotizadores...

—Exactamente, May.

—Oye, no irás a decirme que Thelma Conway hipnotiza a sus contrincantes cuando juega. Bueno, eso podría hacerse con una persona, pero no con un caballo. ¡Caramba, el hipnotismo es cosa de mentes de seres humanos y no de animales!

Garfield se sentía muy preocupado.

—Como quieras, pero ésos son los hechos y no se pueden desvirtuar.

Apostó por «Red Bowl y ganó, lo mismo que hace un año Hyganczy con «Néstor».

—Quizá, como has dicho, el médico le enseñó el procedimiento antes de morir. Si ella supo engatusarle.. Por supuesto, hay mujeres mucho más bonitas que Thelma Conway, pero ella tiene un atractivo especial...

No es guapa y, sin embargo, todos los hombres se vuelven a mirarla.

—Algo tendrá —rió Garfield—. Aparte del dinero, claro.

May apuró el cigarrillo y lo dejó sobre el cenicero. Luego se acerco a la cama, puso encima una rodilla y se abrió la bata.

—Yo no tengo dinero, pero, en cambio... —dijo insinuante.

—Tiene algo que vale mucho más —exclamó él, alargando sus manos hacia la cálida cintura de la joven.

Por la mañana, cuando se levantó, May dormía todavía. Fue al baño, se duchó y, después de vestirse, hizo un poco de café. Ella lo llamó desde el dormitorio con voz soñolienta:

—¿Te marchas. Delbert?

—Tengo trabajo, hermosa. ¿Quieres un poco de café.

—No, gracias, me desvelaría y quiero seguir durmiendo. Cierra la puerta cuando salgas, por favor.

—Descuida. Oye, ¿dices que Thelma suele acudir al Sharkoon's? —preguntó. May bostezó antes de dar su respuesta.

—También va al Trébol de Oro...

La voz de May se distorsionó, porque volvía a dormirse. Garfield sonrió, mientras removía el azúcar en la taza de café. Una vez lo hubo tomado, se encaminó hacia la salida. Cerró en silencio, mientras pensaba en lo interesante que resultaría coincidir con Thelma Conway ante una mesa de ruleta.

CAPITULO IV

Cuando se acercaba al mostrador, divisó una cara conocida.

—¿¡No hay un carterista a mano? Me gustaría ayudarla, agente Stimson —dijo Garfield jovialmente.

Nellie volvió la cabeza y sonrió ampliamente.

—Estoy libre de servicio —contestó—. ¿Cómo se encuentra, señor Garfield?

—Perfectamente, salvo por una cosa.

—¿Algo malo? Puedo ayudarle...

—Llámeme Delbert.

—Ah, ya entiendo.

El barman se acercó. Garfield pidió un whisky.

—¿Ha visto a su tía? —preguntó. Nellie arqueó las cejas.

—¿Se refiere a la señora Conway?

—Ah, es casada...

—No, pero siempre se hizo llamar señora. Le daba más respetabilidad, decía. Ahora está muy transformada, como pudo apreciar el otro día en las carreras.

—Bueno, yo no la conocía de antes, como usted. Pero me pareció una mujer muy interesante.

—Cuidado. Delbert —sonrió la muchacha.

—Era un comentario sin doble intención, Nellie.

—Sí, me Jo imagino. Bien, fui a visitarla hace un par de días... Vive en una casa muy antigua, aunque ha modernizado la decoración... Tiene doncella, cocinera y chófer-jardinero. Ha prosperado, se lo aseguro.

—Tendrá negocios —dijo Garfield, simulando ingenuidad.

—Es posible. En todo caso, no mencionó cuál era su fuente de ingresos.

—Quizá le dejó una buena herencia el doctor Hyganczy. Nellie miró críticamente al joven.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Me lo dijo alguien que la conoce, aunque no ha llegado a hablar con ella.

—Ignoro si el doctor le dejó una importante herencia —respondió la joven envaradamente—. En todo caso, creo que es algo que no le interesa.

Nellie se apeó del taburete y recoció su bolso.

—Adiós —añadió con notoria frialdad.

—Espere, mujer... Yo no quise...

Pero la muchacha se alejaba ya con paso rápido. Garfield maldijo entre dientes. «Es muy quisquillosa», murmuró para sí.

Luego consultó su reloj. Sí, era hora de ir al Trébol de Oro. La víspera había estado en Sharkoon's, pero Thelma no había dado señales de vida.

—Quizá esta noche...

Acertó. Thelma había acudido al casino.

* * *

Los componentes de la partida, Garfield entre ellos, eran seis en total. Thelma era otro de los jugadores.

Garfield casi frente a ella. Thelma se había puesto para la ocasión un vestido tremendamente escotado y, en torno a la frente, llevaba una delgada diadema de brillantes. El reloj era de lo mejor, apreció Garfield, lo mismo que los dos anillos y el collar de perlas, una gargantilla ceñida a un cuello ebúrneo. Ciertamente, no era hermosa, pero había en aquella mujer un extraño atractivo, que la hacía parecer más bella que muchas otras mujeres, incluso más jóvenes.

La partida se deslizaba con toda normalidad. Garfield era prudente; en realidad, no estaba allí por jugar, sino por observar a aquella mujer de tan singulares características. Por otra parte. Thelma parecía comportarse con moderación, sin pujas demasiado elevadas.

El hombre que estaba a la izquierda de Garfield, Canby era su nombre, repartió cartas. Garfield vio las suyas muy malas y pasó. Thelma pidió dos, tras haber examinado sus cartas. Otro jugador pidió una. Uno dijo estar servido. El último pasó también.

Empezaron las pujas, después de haber dado cartas nuevamente. Al final, Thelma enseñó cuatro cincos y se llevó un enorme montón de fichas.

El juego prosiguió con distintas alternativas. Garfield empezó a darse cuenta que Je convenía pujar cuando Thelma se abstenía. No eran apuestas demasiado altas, pero entonces siempre ganaba.

Transcurrió una hora. De pronto, Garfield vio que le habían entrado tres nueves. Se descartó de dos naipes y pidió otros tantos. Thelma pasó.

Empezaron las pujas. Los demás jugadores se retiraron uno a uno. Finalmente, quedaron solamente Garfield y Canby.

Canby pujaba fuerte. Garfield pensó que no debía quedarse atrás; había ligado un póquer de nueves. Por último, empujó todas sus fichas, anunciando que iba al resto.

Canby contó las fichas y puso una cantidad análoga. Garfield enseñó sus cartas.

Canby empezó a sonreír, lo que le dio muy mala espina al joven. Regodeándose con su triunfo, Canby extendió sus cartas sobre la mesa: cuatro reinas y un dos. Luego estiró los brazos para llevarse todo el dinero.

Entonces, inesperadamente, Thelma puso una mano encima de la de Canby.

—Deje ese dinero; no es suyo —habló heladamente.

Canby se mantuvo casi inmóvil. Sólo volvió un poco la cabeza.

—Señora, he ganado —contestó, lacónico.

—Con trampas.

Un súbito silencio gravitó sobre el ambiente. Garfield se puso rígido.

—Señora, por favor —dijo Canby—. Deje mi mano; no puedo olvidar que es una dama.

—Olvídese del sexo —replicó ella—. En estos momentos, sólo hay jugadores en esta partida y uno de ellos es un tramposo: ¡Usted!

Canby lanzó una obscena maldición. La mano de Thelma se cerró firmemente sobre la muñeca del tramposo.

—Señor Garfield, haga el favor de llamar al dueño —pidió—. Dígale que se traiga a dos de sus vigilantes.

El joven se levantó inmediatamente. Canby volvió a blasfemar, pero no se atrevió a moverse de su sitio.

Instantes después, Garfield volvía con tres hombres. Thelma dijo:

—Señor Larkin, el señor Canby es un tramposo. Haga que sus hombres le registren minuciosamente. Encontrarán naipes escondidos en sus mangas y. posiblemente también, en sus calcetines.

Garfield miró al jugador y lo vio lívido. Canby no se atrevió a resistirse al secuestro. Los vigilantes le encontraron varios ases y un par de reyes.

—Échenlo de mi casa y no le dejen volver mientras viva —ordenó el dueño del Trébol de Oro—. Señora Conway, no puede imaginarse cuánto deploro este incidente... Para mí es una vergüenza...

—Usted no tiene la culpa que existan tramposos en este mundo —sonrió ella. Fijó sus ojos en el joven—. Celebro haberle librado de un apuro, amigo mío.

—Se lo agradezco sinceramente, señora Conway —contestó Garfield.

—Lleve las fichas a caja —indicó Larkin—. Se las cambiaremos inmediatamente. Thelma se había puesto en pie.

—Y luego aceptaré que me invite a una copa de champaña —dijo, con la mejor de sus sonrisas.

—¡Por cuenta de la casa —dijo Larkin, que deseaba se olvidase el incidente cuanto antes.

* * *

Un poco más tarde, Garfield y Thelma se dispusieron a abandonar el casino. Larkin en persona les acompañó hasta la puerta. Luego, ellos siguieron hasta la zona de estacionamiento.

—Puedo llevarla a su casa en mi coche —se ofreció él, galante.

—No, gracias; he traído el mío. Aunque sí estimaré me visite algún día —contestó Thelma.

—Será un placer —aseguró Garfield.

Thelma abrió el bolso y se dispuso a sacar las llaves del coche. Garfield levantó ligeramente su mano.

—Perdone un momento, señora Conway...

Ella volvió la cabeza. Al joven le pareció que los ojos de la mujer fosforecían como los de una pantera en la oscuridad.

—Por favor, emplee mi nombre —rogó, hecha mieles.

—Está bien, Thelma. Hay algo que quería preguntarle y no me atreví mientras estábamos en el casino. Ahora no hay oídos indiscretos y...

—Vamos, dígalo de una vez, Delbert —pidió ella.

—De acuerdo. ¿Cómo supo que Canby tenía cartas ocultas? Thelma sonrió de una forma muy especial.

—Seria dificilísimo explicarlo —contestó—. Digamos más bien que lo presentí.

—Su presentimiento pudo haber sido un error.

—«Pero no lo fue. Por tanto, los problemas quedaron para Canby.

—Sí, eso es verdad. Thelma, créame, he tenido un verdadero placer en conocerla. Para mí, será un verdadero privilegio considerarme su amigo.

Thelma hizo un leve gesto de aquiescencia y abrió la portezuela del coche, en el mismo instante, se oyó un ligero ruidito a espaldas de la pareja.

Garfield se volvió y divisó la sombra de una persona que cargaba sobre ellos, con algo brillante en la mano. Al mismo tiempo, oyó una serie de horribles y casi incoherentes palabrotas.

EL instinto le hizo adivinar lo que iba a suceder y así se colocó delante de la mujer, con el brazo izquierdo levantado. Un vivo dolor acometió los músculos de su antebrazo y le hizo vacilar.

Canby se aturdió al ver que había fallado su golpe. Reuniendo todas sus fuerzas, Garfield le asestó una patada en la cadera. Canby, perdido el ánimo de repente, dio media vuelta y echó a correr.

El joven tuvo que apoyarse en el automóvil para no caer al suelo. Su mano derecha se apoyó sobre la herida. Inmediatamente, notó el calorcillo de la sangre.

—Thelma, estoy herido... —jadeó.

—¡Oh! —exclamó ella—. Ha sido ese bastardo de Canby.

—Sí... Habrá que llamar a un médico...

—Aguarde, Delbert.

Canby había escapado de la zona de parking. Llegó junto a la acera y se dispuso a cruzar al otro lado, donde tenía su automóvil. A pesar de la creciente debilidad, Garfield pudo darse cuenta de que el tramposo se sentía completamente aturdido y no coordinaba bien sus ideas.

Canby saltó a la calzada. En el mismo instante, sonó el trompeteo de la sirena de un pesado camión de transporte. Dos potentes chorros de luz dieron de lleno en la figura del sujeto que, lleno de pánico, se había detenido en el centro, sin saber si continuar o dar media vuelta.

Los frenos del camión chirriaron estrepitosamente. Pero ya no había fuerza humana capaz de detener un vehículo con más de cuarenta toneladas de peso en tan corto espacio.

Al recibir el primer impacto, Canby voló unos metros por el aire. El camión siguió todavía. Algunos espectadores chillaron horrorizados cuando cuarenta toneladas aplastaron literalmente un cuerpo humano.

Garfield se sentía desfallecer.

—Thelma, por favor...

Ella le agarró por el brazo sano.

—Vamos, entraremos en el despacho de Larkin —dijo persuasivamente.

Garfield alzó los ojos un instante. Thelma le miraba de una manera singular. Aquella fosforescencia en su mirada...

De pronto, sintió que todo le daba vueltas alrededor y creyó que se hundía en una profundísima sima, en la que se agitaban bramadoramente las aguas negras de la inconsciencia. Al sumergirse en el vórtice, dejó de ver y de oír totalmente.

CAPITULO V

Alguien toco con los nudillos en la puerta. Garfield, sentado en su lecho, todavía con el brazo izquierdo vendado, dijo:

—¡Adelante, sea quien fuere.

Garfield oyó los sucesivos ruidos de la puerta al abrirse y cerrarse. Luego percibió tacones femeninos y arqueó las cejas, preguntándose quién podía ser su visitante. Un segundo después, lo supo al reconocer a Nellie Stimson.

—¡Hola! —Dijo la joven—. ¿Cómo se encuentra?

—Vaya —exclamó él, atónito—. De todas las personas a quienes conozco, usted es la última...

Contempló a Nellie, que vestía un traje de chaqueta, de hilo, con pantalones. El bolso pendía de su hombro izquierdo por una correa.

—Siento no haber podido venir antes —se disculpó la muchacha—. He estado muy ocupada en un caso complicadísimo. He tenido días de hasta dieciséis horas de labor ininterrumpida.

—Le gusta la profesión, por lo visto.

—Si no me gustase, no sería policía —respondió ella—. Fui al hospital y me dijeron que ya estaba en casa.

—La herida no era grave. Lo peor de todo fue la pérdida de sangre, pero después de la transfusión, bastó una semana para encontrarme en buenas condiciones. Por eso pedí que me dejaran terminar la convalecencia en casa.

—Pero necesita que le hagan curas...

—La herida está casi cicatrizada. Una enfermera profesional viene cada dos días a renovar los vendajes, eso es todo. ¿No quiere sentarse, agente Stimson?

Antes de contestar, ella paseó la vista por el dormitorio.

—¿Está solo en la casa? —preguntó.

—Tengo una asistenta, que viene un par de horas por la mañana, y me deja todo listo, incluyendo las comidas. No tema por mí; aunque ahora me vea en la cama, suelo levantarme un rato por las tardes. El hospital me deprimía mucho, en cuanto empecé a sentirme mejor.

—Sí, se comprende.

—Quisiera invitarla a beber... ¿Por qué no se sirve usted misma?

—¿Hay café en alguna parte?

—Claro. Vaya a la cocina... Haga para dos, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, Delbert.

—El bolso quedó sobre una silla. Garfield leía un libro en el momento de la llegada de la joven y lo dejó a un lado.

Nellie regresó diez minutos más tarde, y le entregó una taza. Luego se sentó en una silla, a un par de metros de la cama.

—Estuve hablando con lía Thelma. —manifestó.

—Y ella le contó todo lo sucedido.

—Sí. Le está muy agradecida. Usted se portó valerosamente, cubriéndola con el cuerpo, cuando aquel tramposo quiso vengarse, acuchillándola. Pudo haber muerto, Delbert.

—Pero estoy vivo —sonrió él—. ¿Ha ido a visitar a su tía?

—Sí. Me siento asombrada. Ha sufrido una transformación radical. Nunca me imaginé en su actual situación.

—¿Le parece cosa de magia?

—Pues... si no fuese escéptica con respecto a los fenómenos sobrenaturales, yo diría que sí. Ahora es una mujer no estrictamente bella, pero sí muy atractiva, elegante, refinada... Oh, no es que antes fuese una palurda, pero la diferencia entre lo que es y lo que fue resulta asombrosa. Es una mujer radicalmente distinta de lo que era, ¿me comprende?

—Sí, desde luego. Bueno, eso, en ocasiones, lo hace el dinero, aunque, por supuesto, se necesita una base natural. Su tía tenía esa base, pero no pudo obtener el provecho debido hasta que se hizo rica.

—Ahí está el caso, en esa frase: «Se hizo rica». ¿Usted sabe cómo lo consiguió? Garfield clavó su mirada en el rostro de la joven.

—Nellie, ¿va a pensar como un policía, respecto de Thelma? —preguntó.

—No, claro... pero me siento desazonada. Sé que juega... y gana casi siempre... El otro día, en las carreras, apostó a un caballo que no tenía posibilidades, y ganó...

—Lo sé. Pero jugar, y ganar, mientras no se hagan trampas, como Fred Canby, no es ningún pecado.

—A pesar de todo, no me gusta eso en un familiar...

—¡Nellie! Usted ha estado quince años sin ver a Thelma. Sí, es pariente suyo, pero, en la práctica, sólo existe la relación sanguínea. Sin embargo, no se ha producido una relación ininterrumpida, en que pueda crecer o, por lo menos, mantenerse el afecto original. ¿Qué va a hacer? ¿Meterla en la cárcel porque tiene suene en el juego o en las apuestas del hipódromo?

—Hombre, claro que no. Pero...

—Pero, ¿qué?

—No me gusta, Delbert.

—¿Se lo ha dicho a ella?

—No.

—Entonces, vaya y dígaselo. Luego escuche su respuesta.

—¡Delbert, me lo está poniendo muy difícil! —se quejó Nellie.

—Es usted misma la que se plantea esas dificultades. Deje a su tía en paz y deje que siga jugando y ganando, si es su deseo. Resultaría mucho peor si fuese la jefa de una banda de forajidos o algo por el estilo. Eso no tiene importancia hoy día, mujer.

Nellie se esforzó por sonreír.

—Supongo que me estoy volviendo muy aprensiva

—dijo—. De todos modos, me alegro de su mejoría. Delbert.

—Gracias, Nellie. Oiga, ¿cuando pueda salir a la calle, me permitirá que la

invite a cenar? Ella asintió, a la vez que se ponía en pie.

—Aceptaré encantada —dijo.

Al quedarse solo, Garfield reflexionó durante unos momentos. Sí, había algo extraño en Thelma Conway. Recordaba perfectamente el demencial ataque del tramposo. Thelma, en cierto modo, se había comportado como el difunto doctor Hyganczy. Sólo que éste se había limitado a ordenar a los atracadores que se hiriesen recíprocamente, y Thelma, si algo había hecho, era emitir una orden mucho más drástica.

Una orden de muerte: se estremeció.

¿Qué era Thelma Conway?

* * *

La vela verde ardía con llama verde.

Arrodillada en el suelo, sentada sobre sus talones, Thelma tomó una pulgarada de polvo y lo dejó caer sobre la llama verde. Innumerables chispitas doradas, que se multiplicaban cientos de veces, brotaron inmediatamente y se esparcieron por el ambiente. Luego, Thelma, con los ojos cerrados, clamó:

—¡Uhulghor!

—Estoy aquí. ¿Qué quieres de mí? ¿Más riqueza?

—Tengo suficiente, aunque no la rechazaré, si me das más... Pero quiero otra cosa...

—¡Dime.

—Más hermosura. Aún no soy lo suficientemente bella.

—Tendrás hermosura.

—Gracias, Uhulghor. ¿Estás satisfecho de mi cuerpo?

—Aún podrías hacer más, Thelma.

—No soy lo suficientemente bella. Todavía no impresiono demasiado a los hombres.

—Tendrás lo que deseas —prometió el ser con solemne acento.

—Gracias, gracias... —murmuró Thelma.

Aún permaneció en la misma posición durante unos minutos. Luego se puso en pie, tras apagar la vela.

Antes de salir, comprobó que la puerta estaba bien cerrada y que nadie había podido ver ni oír nada de lo sucedido en aquella estancia. A ella, pensó, no le sucedería lo mismo que al doctor Hyganczy.

* * *

La rubia asomó prudentemente la cabeza y vio al hombre que, recostado sobre un montón de almohadones, dormitaba placenteramente. Sin hacer el menor ruido, May Spotter se acercó a la cama y depositó un suave beso en 4a boca de Garfield.

El joven despertó de inmediato.

—¡May! —exclamó alegremente—. ¡Qué sorpresa tan agradable! Ella se

sentó en el borde de la cama.

—Hacía días que tenía ganas de verte —manifestó—. Me enteré de lo sucedido, pero he estado un par de semanas ausente de la ciudad.

—¿Sola?

May se echó a reír.

—No seas indiscreto —dijo.

—Está bien, no te preguntaré nada sobre el particular. ¿Qué me cuentas, preciosa? — Garfield levantó el brazo—. Todavía no lo tengo bien curado. No era una herida de importancia en sí, aunque resultó bastante profunda — manifestó.

—¿Tienes aún para muchos días?

—Creo que dentro de una semana me darán el alta definitiva. Claro que Juego tendré que hacer ejercicios de rehabilitación... En resumen, nada de importancia.

—Lo celebro infinito, Delbert.

—Oye, si quieres, en la salita hay bebidas. Busca hielo en el frigorífico...

—Gracias, no tengo ganas de beber en estos momentos. ¿Puedo darte una noticia?

—Sí, claro.

—Estuve anoche en el Sharkoon's. Vi a Thelma Conway. Garfield entornó los ojos.

—¿Y?

—Algo fantástico. Estuvo a punto de hacer saltar la banca. Llegó a ganar más de trescientos mil dólares.

El joven silbó.

—Luego perdió muchísimo —continuó May—. Pero, aun así, se retiró con ochenta y tantos mil de beneficio. Esa mujer parece tener rayos X en la mirada, Delbert.

—Sí, oí algo parecido en una ocasión.

—Pero eso no es todo, querido.

—¿Hay algo más?

—Sí. Está completamente transformada. No sé qué habrá hecho, pero ahora resulta una mujer guapísima. Oye, casi se dieron de bofetadas dos tipos por ella.

—Caramba, eso es toda una sorpresa, May.

—Lo es. Pero lo más curioso de todo es que ella no quiso que nadie la acompañase. Tú ya me entiendes, ¿verdad?

—Desde luego.

—El próximo día que la vea jugando, arriesgaré mi dinero con ella. Sin que se dé cuenta, claro —dijo May—. Parece como si tuviera un imán especial para los billetes o...

May dejó de sonreír bruscamente. Garfield se sintió intrigado por aquel repentino cambio de expresión.

—¿Qué te pasa ahora, May? —preguntó.

—Nada. Iba a decir algo... pero me parece una tontería... Esas cosas no pasan en nuestro tiempo...

—Bueno, suéltalo. No temas, no me reiré —dijo él.

—Delbert, a veces pienso... como si Thelma hubiese vendido su alma al diablo.

Hubo un momento de silencio. Delbert pensó, sin saber exactamente las causas, en el doctor Hyganczy. Sólo había visto una vez al extraño sujeto... y Thelma se comportaba exactamente como lo hiciera el hombre de quien había sido ama de llaves.

—Quizá es sólo una persona dotada de ciertos poderes de clarividencia —dijo al cabo—. No es muy corriente... pero, a veces, pasa.

—En tal caso, a mí me gustaría ser como ella. —May hizo un esfuerzo por sonreír de nuevo—. Delbert, a ver cuándo te sientes bien del todo —deseó maliciosamente.

—Tú serás la primera en saberlo —respondió el joven.

* * *

Llamaron a la puerta. Garfield estaba ya completamente repuesto, si bien tenía ciertas dificultades todavía para mover el brazo con entera libertad. Confiaba en que los ejercicios de rehabilitación le hiciesen volver a la plena normalidad en no demasiado tiempo.

Abrió. 'Nellie estaba en el umbral, con los ojos ocultos por unas vulgares gafas de color.

—¿Puedo pasar, Delbert?

—Claro —accedió él, echándose a un lado—. Hoy pensaba llamarla, para acordar una cita...

—Temo que tendremos que posponerla —dijo la muchacha—. ¿Me permite?

Garfield se sentía desconcertado por la extraña actitud de Nellie. La joven, sin hacer caso de su asombro, fue a la ventana de la sala y se situó a un lado, prudentemente oculta por los visillos. Cuando estuvo allí, abrió el bolso y extrajo unos prismáticos, que enfocó hacia una casa situada al otro lado de la calle, bastante amplia y con jardines y árboles a ambos lados.

Garfield comprendió que la muchacha se hallaba en una misión policial y no quiso interferir su labor. Al cabo de unos momentos. Nellie bajó los prismáticos y extrajo un pequeño transmisor de radio.

—Gaviota Cuatro —dijo a media voz—. ¿Me reciben bien?

—Fuerte y claro —contestó alguien—. Adelante Gaviota Cuatro.

—Los informes son ciertos. Está en el lugar señalado.

—Bien, ahora iremos a por él. ¿Se ha dado cuenta de su presencia?

Nellie demoró la respuesta unos segundos, lo suficiente para volver a mirar de nuevo con los prismáticos.

—No, su actitud es normal... ¡Espere, él también tiene unos gemelos!

Nellie dio un salto atrás, apartándose de la ventana.

—Creo que me ha visto, jefe —añadió vivamente.

—Manténgalo a raya. Iremos ahora mismo, pero, sobre todo, tenca cuidado; Roberts es un asesino despiadado. ¿Entendido?

—Entendido. Cierro y corto.

CAPITULO VI

Atraído por una invencible curiosidad, Garfield se acercó a una ventana. Nellie lo agarró por un brazo y tiró de él.

—¿Está Joco? ¿Quiere que lo vea? —exclamó. Garfield se volvió.

—Pero, bueno, ¿por qué no me explica de una vez lo que pasa? —dijo malhumoradamente.

—Es un asesino profesional —dijo ella—. Hace una semana, cometió una muerte. Le estamos siguiendo los pasos, eso es todo.

—Y un confidente les indicó...

—Sí, eso mismo —corroboró la muchacha.

Con grandes precauciones. Garfield volvió a la ventana. Ella estaba en el otro lado, con la mano derecha en el interior de su bolso.

De pronto, vieron a un hombre que salía de la casa de enfrente. Era un sujeto alto, fornido, de pelo muy claro, vestido con cazadora y pantalones de algodón. La cazadora estaba cerrada hasta la mitad por fa cremallera.

—Viene hacia aquí —dijo Nellie.

—Cuando yo era un adolescente, me gustaba mucho el baseball. Todavía conservo un bate. Me pondré detrás de la puerta...

—¡Espere, Delbert! —gritó ella de pronto—. Oh, tía Thelma... Se ha parado frente a la casa..

Garfield saltó de nuevo hacia la ventaja. El coche de Thelma se había parado a pocos pasos del asesino. Roberts volvió la cabeza al ver apearse a la mujer, pero, tras una brevísima parada, siguió su camino.

De súbito, Roberts se detuvo en seco. Con la mano izquierda, abrió su cremallera. Nellie sacó su revólver y apuntó con las dos manos. La ventana, debido al excelente tiempo que reinaba, estaba abierta.

El dedo de la muchacha se crispó sobre el gatillo. Roberts sacó su pistola, pero antes de que Nellie pudiera hacer fuego, el asesino llevó el arma a su sien.

Sonó un seco estampido. Roberts pegó un salto convulsivo y cayó de bruces al suelo. Garfield se quedó con la boca abierta. Nellie, por su parte, estaba petrificada.

A pocos pasos de distancia, Thelma Conway contemplaba el inerte cuerpo del asesino, con una imperceptible sonrisa en los labios. Garfield y Nellie se sentían incapaces de hablar.

Se oyó una sirena policial. 'Nellie reaccionó y corrió hacia la puerta.

—Le veré luego, Delbert —gritó al salir.

Garfield se sentía sumergido en un mar de confusiones. Había visto todo lo sucedido con absoluta claridad. Roberts cruzaba la calle, dispuesto a matar. Sabía muy poco de él, sólo lo que Nellie había explicado al tomar su apartamento como puesto de observación, pero era suficiente para darse cuenta de que Roberts era capaz de cualquier cosa, menos de suicidarse.

Y, sin embargo, después de plantearse la necesidad de suprimir unos testigos molestos, se había pegado un tiro.

Thelma se hallaba a pocos pasos de distancia. El la había visto perfectamente. La mujer ni siquiera se había inmutado al ver que Roberts sacaba su pistola.

¿Iba a resultar cierto lo que May había comentado de aquella extraña mujer?

La calle estaba repleta de curiosos. Los policías de uniforme procuraban apartar a los espectadores. Se oyeron más sirenas.

De pronto, llamaron a la puerta. Garfield se apartó de la ventana. Abrió. No le extrañó en absoluto ver a Thelma Conway.

Pero le resultaba difícil reconocer a aquella hermosa mujer, sofisticadamente vestida y de un encanto difícilmente igualable. Ahora, Thelma parecía tener poco más de treinta años. Sus ojos brillaban radiantemente y sus mejillas eran tersas y suaves. El calor de los labios se debía más a la naturaleza que a la química. Su silueta poseía una serie de atractivos imposibles de ignorar.

—¿Cómo está, Delbert? —saludó. Garfield carraspeó.

—Se... señora Conway...

—Oh, quedamos en que me llamaría por mi nombre...

—Si, Thelma. Dispénsame... Entre, se lo ruego. ¿Quiere algo de beber?

—No, gracias, no me apetece en este momento. En cambio, aceptaré un cigarrillo.

—Claro, claro... Pero, siéntese, por favor...

Thelma avanzó hacia un sillón. Al sentarse, cruzó las piernas, enfundadas en sedas.

Eran perfectas, apreció Garfield.

Un tanto azorado, ofreció un cigarrillo a su hermosa visitante. Thelma lo colocó en la boquilla, antes de aceptar la llama del encendedor de! joven.

—¿Usted no fuma? —dijo, tras expulsar una bocanada de humo.

—Bueno, sí... Perdone mi actitud... Me siento todavía aturdido. He presenciado un suceso horripilante...

—Yo también lo he visto, pero no es preciso que sigamos comentándolo. Ese desgraciado, sin duda, estaba cansado de la vida.

—Sí, probablemente.

—Hablemos de otra cosa, Delbert. Todavía no le he dado las gracias por su valeroso comportamiento. Aquel día me salvó la vida. Canby era un tipo despechado. Mal jugador y mal perdedor.

—Sí, ya lo aprecié.

Thelma dejó la boquilla con el cigarrillo humeante a un lado. Abrió su bolso y sacó una caja de forma alargada, que entregó al joven.

—He pensado que podía agradecer su gesto con algo mejor que simples palabras — sonrió.

Garfield tomó la caja, envuelta en vistoso papel de regalo. Ella se echó a

reír.

—Abra, hombre, abra.

El joven rasgó el papel. Debajo había una caja de color rojo oscuro, con una presilla dorada. Soltó ésta, levantó la tapa y vio un hermoso reloj de oro, con pulsera del mismo metal.

—Señora... Thelma, no puedo aceptar... Es demasiado valioso...

—No puede rechazarlo. Ya tiene sus iniciales —dijo ella.

—Pero... Ha tenido que costar una fortuna..

—Lo que estuve a punto de perder el día en que Canby le hirió a usted, vale infinitamente más, Delbert.

Garfield calló un momento. Luego, con una sonrisa de circunstancias, sacó el reloj de la caja y lo cambió en la muñeca por el suyo.

—Lo guardaré mientras viva —prometió.

—Entonces, ojalá le dure el reloj cien años —exclamó ella jovialmente. Quitó el cigarrillo de la boquilla, guardó ésta y se puso en pie—. Delbert, quiero decirle todavía otra cosa.

—Estoy a su disposición, Thelma.

—Venga el sábado próximo a cenar conmigo. En mi casa.

—Pues...

—¿Va a rechazar mi invitación?

Garfield estudió un momento el bello rostro de su visitante. ¿Era cierto lo que había dicho May?

—Iré —decidió finalmente.

—Gracias, Delbert —dijo ella, a la vez que hacía aletear sus largas y espesas pestañas. Y, en el momento en que le tendía la mano, se abrió la puerta de la casa.

—Todo está listó ya... —Nellie se interrumpió bruscamente—. ¡Tía Thelma! —exclamó. La mujer se volvió.

—Pero si es mi sobrina Nellie.. Muchacha, ¿qué haces aquí? Nellie se mordió los labios.

—El señor Garfield fue tan amable de permitirme estar en su casa, mientras vigilaba a un peligroso forajido —contestó.

—Ah, olvidaba que eres policía. ¿Te refieres al tipo que se suicidó en plena vía pública

—Sí, el mismo.

Thelma soltó una risita.

—Era menos peligroso de lo que imaginabas —dijo—. Bien, Delbert, no olvide mi invitación.

—No la olvidaré —contestó el joven.

—Adiós, Nellie —se despidió Thelma. Garfield y Nellie se quedaron a solas.

—Me siento pasmada —confesó la muchacha.

—Sí, se ha obrado un cambio radical en su tía —admitió Garfield—. Para mejorar, claro —agregó.

—No acabo de creérmelo —dijo Nellie—. Yo la recuerdo perfectamente de hace quince años. Entonces, debería tener la edad que tengo yo ahora, aproximadamente. La recuerdo poco agraciada, desgarbada... Incluso me pareció amargada. Puede imaginarse fácilmente los motivos, ¿no?

—Sí —convino él—. Suele suceder con las mujeres carentes de gracias físicas y que, sobre todo, no tienen demasiada fortaleza de espíritu. Hay feas muy simpáticas y animosas, pero eso es porque saben acomodarse a lo que son, ya que se dan cuenta de que no pueden evitarlo. Sin embargo, Thelma ha cambiado y yo diría que no sólo en el aspecto físico.

—Cierto. La encuentro más resuelta, segura de sí misma, dueña de sus reacciones... En fin —sonrió la muchacha—, puesto que el cambio ha sido para mejorar, debemos felicitarnos de ello.

—Sobre todo, los familiares.

—Y los que no lo son.

—¡Nellie!

—He oído algo de una invitación... —dijo la joven maliciosamente.

—El sábado próximo.

—Irá, supongo.

—No puedo mostrarme descortés, Nellie.

—Claro. —Ella le miró críticamente—. Tenga cuidado. No conozco a mi lia en este aspecto, pero tiene toda la apariencia de una devoradora de hombres.

—¡Procuraré mantener la cabeza serena.

—Sí, le convendrá mucho. Bien. Delbert, aparte de lo que hemos hablado, he venido a darle las gracias oficialmente, en nombre del Departamento de Policía.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada...

—Permitió que vigilara a Hillary Roberts, el asesino profesional. ¿Es que no lo recuerda ya?

—Sí, pero ¿de verdad era tan peligroso como dicen? Nellie frunció el ceño.

—Lo que ha hecho es realmente incomprensible —manifestó—. Cualquier cosa podría esperarse de un tipo como Roberts, menos que acabase pegándose un tiro a la vista de todo el mundo.

Garfield fue a decir algo sobre la posible influencia de Thelma en el suceso, pero prefirió callar. Había sido testigo presencial de unos hechos, que no tenían explicación lógica posible, y no quería comentar nada sobre el particular, hasta que no tuviese pruebas concluyentes. Pero, se dijo, era posible que no pudiera conseguirlas jamás.

—En todo caso —dijo—, la policía se ha librado de un engorro.

—Eso sí es cierto —admitió Nellie, a la vez que le tendía la mano—. Adiós, Delbert.

—Hasta ¡a vista —corrigió él. Nellie le lanzó una mirada burlona.

—Eso dígaselo usted a Thelma —se despidió.

* * *

La verja de hierro se abrió por sí sola, apenas se acercó Garfield. Todavía no había llegado la oscuridad y desde la entrada podía ver muchos detalles de la casa, evidentemente antigua y de un estilo ya pasado de moda, pero, no obstante, construida con solidez. Hallábase emplazada en un valle de regulares dimensiones, al otro lado de las colinas que dominaban por el sur a la ciudad. La pequeña cadena montañosa había impedido la expansión urbana en aquella dirección, no obstante lo cual, en el pasado, algunos propietarios habían creído conveniente edificar sus mansiones en aquellos parajes. Tal vez, pensó Garfield, habían calculado mal, creyendo que 1a población se extendería hacia allí, con lo que sus propiedades se revalorizarían grandemente. Pero no había sido así y el resultado era que se hallaba en una zona escasamente habitada

Sin embargo, el lugar tenía cierto encanto, quizá por la paz que reinaba en aquellos lugares, un ambiente diametralmente distinto al de la ciudad, con tanto bullicio y movimiento. «Si yo tuviese mucho dinero, compraría alguna de estas casas», se dijo, mientras franqueaba la entrada.

De repente, dos enormes perros salieron a su encuentro.

Garfield se quedó helado de terror. Thelma no le había advertido de la existencia de los canes. Eran «doberman-pinscher», negros como la noche y de ochenta centímetros de altura. Garfield conocía bien las peculiaridades de aquella raza. Los «doberman-pinscher»», en ocasiones, atacaban a sus propios entrenadores, a pesar de que éstos los tenían desde cachorrillos. Los terribles colmillos de los perros podían destrozarle en unos instantes.

Pero, con gran asombro por su parte, las fieras se limitaron a olisquearle un poco.

Luego, con olímpico desdén, dieron media vuelta y se alejaron dando grandes saltos.

Garfield sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor que corría por su frente. Tras unos segundos de indecisión, continuó su camino. Una vez volvió la cabeza y vio que la cancela se había cerrado.

Al llegar a la puerta, estiró la mano para tirar de la cadena de la campanilla. Pero, como en la ocasión anterior, la puerta se abrió por sí sola.

Cruzó el umbral. El vestíbulo aparecía desierto. Una voz surgió en aquel momento de un altoparlante invisible:

—Delbert, vaya al salón. Es aquella puerta a su derecha. Yo bajaré dentro de unos minutos; estoy terminando de arreglarme. Si tiene sed, sírvase usted mismo a su gusto.

—Esto parece el escenario de un película de miedo —refunfuñó el joven.

El salón era amplio, decorado con indiscutible elegancia. Garfield vio botellas y copas en una mesa y se sirvió una buena dosis de escocés. La mesa donde iban a cenar estaba ya preparada.

Transcurrió un cuarto de hora. El silencio era absoluto. Garfield supuso

que Thelma habría concedido la noche libre a la servidumbre. Cuando terminaba el cigarrillo que había encendido, oyó el ruido de la puerta.

Giró en redondo. Casi estuvo a punto de lanzar un grito de asombro.

Thelma estaba en el umbral, radiante de belleza, ataviada con un traje de color rojo fuego, con un audaz escote, que dejaba su espalda enteramente al descubierto. La tela de la parte superior contenía difícilmente los senos, firmes, redondos, de curvas esplendorosamente femeninas. La piel, quizá por contraste, parecía de nieve.

—¿No me dice nada? —preguntó ella, con hechicera sonrisa.

—Me he quedado sin habla... Thelma rió suavemente.

—Póngame a mí otra copa —pidió, mientras avanzaba hacia el huésped.

Garfield le entregó la copa segundos después. Al tomarla, Thelma le dirigió una profunda mirada. Garfield recordó en aquel momento la frase de Nellie Stimson: «Devoradora de hombres». Y se dijo que no le importaba en absoluto dejarse devorar por aquella mujer de arrebatadora belleza.

CAPITULO VII

Era fuego puro, pasión hirviente, una llamarada viva, en la que se consumió sin el menor remordimiento. En aquellos momentos, no le importaba nada que no fuesen los volcánicos abrazos en que se fundían su cuerpo y el de Thelma. Ella gemía, jadeaba, suspiraba... A pesar de su experiencia, Garfield se dijo que no había encontrado jamás otra mujer parecida

Al fin, cedió la pasión y el fuego se extinguió momentáneamente. Agotados por el placer, se durmieron, estrechamente enlazados.

Transcurrieron varias horas. Garfield abrió los ojos. A través de la ventana abierta, entraba una débil claridad. Pronto amanecería.

Con la mano derecha, rozó el desnudo cuerpo de la mujer que yacía a su lado en la cama. Tenía ya las pupilas habituadas a la penumbra del dormitorio y se volvió, para disfrutar de la espléndida visión de un cuerpo de tantos atractivos físicos.

De pronto, se quedó rígido.

¿Qué era «aquello» que estaba contemplando?

Un rostro anguloso, feo, casi repulsivo... un cuerno sin gracia, de pechos fláccidos, el vientre de piel lacia...

—Horripilado, se sentó de golpe. Su gesto movió un poco el lecho. Thelma abrió los ojos y le sonrió.

—Delbert, querido... —dijo, alargándole los brazos.

Hubo un momento de silencio. Garfield pensó que iba a volverse loco. Thelma era nuevamente hermosa, infinitamente atractiva, enloquecedoramente sensual...

¿Había visto visiones? ¿Se trataba de una alucinación, una pesadilla sufrida en estado de semivigilia?

El rostro volvía a ser bello, atractivo, y los senos habían recobrado sus contornos redondos y firmes, con los rosados vértices erguidos sugestivamente. La piel del vientre era lisa, tersa, sin flaccidez alguna.

—Ven, Delbert, ven... —llamó Thelma.

«Debía estar soñando todavía, aunque creía haber despertado», pensó él, mientras volvía a sumirse en el fuego de la sensualidad.

Más tarde, desayunaron juntos. Al terminar. Garfield dijo que era hora de abandonar la casa.

—¿Cuándo volverás? —preguntó ella cariñosamente.

—Bueno... habrá que dejar pasar algún tiempo, ¿no crees?

—Pero no demasiado, querido.

—Por supuesto. Ya estoy curado; es hora de que vuelva a mi trabajo. Thelma, sentada al otro lado de la mesa, le miró fijamente.

—Quizá yo podría darte otro empleo mejor remunerado —dijo.

—¿Qué clase de empleo? —preguntó él.

—Tengo ciertos proyectos... Ya te lo diré en otra ocasión. Delbert.

—Bien, si resulta interesante, no habrá obstáculos por mi parte. —Garfield sonrió—. Ha sido una noche deliciosa, creo.

—La mejor de mi vida —suspiró ella

* * *

El sargento Brown escuchó con gran atención el relato que le había hecho su visitante. Después de unos segundos de reflexión, dijo:

—Creo que hay alguien a quien también pueden interesarle sus declaraciones —dijo. Se inclinó hacia un interfono y llamó—: Stimson, venga.

—Sí, señor, al momento —contestó Nellie.

Unos segundos más tarde, entraba en el despacho de Brown. El sargento dijo:

—Señor Hyganczy, le presento a la agente Stimson. Nellie, el señor Hyganczy. El apellido le dice algo, supongo.

Nellie estrechó cortésmente la mano del sujeto, a la vez que lo estudiaba con curiosidad. Era un hombre alto, delgado, de nariz aguileña y ojos muy negros y brillantes.

—Sí, recuerdo perfectamente el apellido —contesto la joven—. ¿Sucede algo, jefe?

—El señor Hyganczy se lo dirá, Nellie.

—Se trata de mi difunto hermano —manifestó el aludido—. Simplemente, no creo que muriese de un ataque cardíaco.

Nellie se sobresaltó.

—¿En qué se funda para afirmar una cosa semejante? —preguntó.

—En su salud de hierro. Yo le conocía bien; tenía un corazón de toro, señorita

—Y supone que su muerte no fue natural...

—Fue asesinado.

—¿Por quién?

—Por su ama de llaves, la señora Conway.

Nellie volvió los ojos hacia su jefe. El sargento Brown parecía muy ocupado en cargar su pipa.

—Tendrá pruebas de lo que afirma, señor Hyganczy —dijo la muchacha.

—De momento, me limito a expresar mis sospechas. A ustedes les corresponde investigar —dijo el visitante con acento rebosante de orgullo.

—¿Jefe? —consultó Nellie. Brown movió una mano.

—Ya lo ha oído, agente Stimson —respondió—. Investigue.

—Muy bien, haré lo que pueda. Pero, si no le importa, me gustaría hablar a solas con usted un instante.

—Claro. Me dispensa, ¿verdad, señor Hyganczy?

—No faltaría más, sargento.

Brown y la muchacha se retiraron a un rincón del despacho. Ella le dirigió una mirada penetrante.

—Usted me ha encomendado el caso, porque conoce mi parentesco con Thelma Conway.

—Puede rechazarlo. No se lo reprocharé —contestó Brown.

—Mi tía puede tener muchos defectos, pero dudo de que sea una asesina. Ahora bien, nosotros no podemos actuar en un sentido u otro por meros sentimientos, sino por pruebas. Haré lo que pueda, pero... ¿me permite interrogar a Hyganczy?

—Claro, adelante. Tiene entera libertad para actuar como mejor crea conveniente.

—Gracias, jefe.

Nellie se separó del sargento y regresó junto al visitante.

—Señor Hyganczy...

—Sí, señorita.

—Agente Stimson, por favor —rogó ella con frialdad—. Deseo hacerle algunas preguntas.

—Está en su derecho, agente.

—Gracias, señor. Por favor, dígame, ¿cuánto tiempo hace que no veía usted a su hermano?

—Unos cuatro... no, cinco años; desde el día en que decidió establecerse en esta población.

—Su hermano era, o se autotitulaba, doctor. ¿En qué, por favor, señor Hyganczy?

—Medicina. Obtuvo el título en Stanford, California. Puede comprobarlo si gusta.

—¿Ejercía aquí?

—No lo sé. Estuvimos lodo ese tiempo sin tener noticias el uno del otro.

—¿Dónde residía usted?

—Poughkeepsie, Nueva York.

—Ha pasado más de un año desde su muerte. ¿Cómo no se le ocurrió venir antes a expresarnos sus sospechas?

—Le he dicho que no había relación entre Stephen y yo —contestó Hyganczy—. Son cosas que pasan a veces en las familias, pero también sucede que un miembro de la familia deba pedir ayuda a otro.

—Ah, entonces, usted vino...

—Me encuentro en una situación económica no demasiado boyante — respondió el hombre—. Simplemente, vine a visitar a mi hermano y me encontré con la noticia de su fallecimiento.

—Y, naturalmente, sospechó de inmediato que había sido asesinado —dijo Nellie con cierta nota de sarcasmo en la voz.

—Bien, él tenía una salud a prueba de bomba...

—¿Cómo puede afirmarlo, si en cinco años no tuvo la menor noticia suya? Es un espacio de tiempo más que suficiente para que la salud de una persona

pueda deteriorarse seriamente, ¿no cree?

Hyganczy saltó en su asiento.

—¡Yo he venido aquí a acusar, no a ser acusado! —barbotó.

—No se puede acusar sin pruebas —terció el sargento Brown.

—A ustedes les corresponde encontrarlas —dijo Hyganczy—. Yo he expresado mis sospechas. Ahora, investiguen si son ciertas o no.

—Pero habrá alguna base para tales sospechas —dijo Nellie.

—Stephen tenía una salud magnífica —insistió el visitante con tozudez.

—Está bien, investigaremos —aseguró la muchacha, que no quería enconar la discusión más todavía—. Dígame, ¿cómo se enteró del fallecimiento de su hermano?

—Fui a visitarle y en su casa me dieron la noticia. Oiga, esa casa está habitada ahora por su antigua ama de llaves...

—Eso no significa nada. La señora Conway ha prosperado en los últimos tiempos.

—Gracias al dinero de mi hermano.

Nellie suspiro. Aquel tipo no se rendía, pensó, muy descontenta de la situación que se había planteado tan inesperadamente.

—Está bien —dijo—. Por favor, indíquenos su dirección, para el caso de que podamos necesitarle.

—Me hospedo en el Townbridge —declaró Hyganczy.

Nellie y el sargento Brown intercambiaron una rápida mirada de inteligencia. El Townbridge Hotel no era precisamente un lugar recomendable para personas con un mínimo sentido de la decencia. Claro que su misma baratura resultaba apropiada para un hombre que acababa de declarar una situación económica no demasiado floreciente.

—Tendrá noticias nuestras muy pronto —aseguró la muchacha.

* * *

Nellie abrió el bolso y sacó la billetera, en la que se hallaban su documentación y la placa que garantizaban su personalidad.

—Agente Stimson, del Departamento de Policía —dijo—. Me interesaría hablar con usted durante unos minutos, doctor Carruthers.

Las cejas del galeno se levantaron.

—¿Sucede algo grave? —preguntó—. No creo haber tenido relación con algún hecho delictivo...

Nellie sonrió.

—No he venido a acusarle de nada, doctor —contestó—. Simplemente, deseo hacerle algunas preguntas sobre un paciente suyo, el difunto doctor Hyganczy.

—Ah, Hyganczy... Pero él no fue nunca paciente mío. Le conocía, claro, y sé que disfrutaba de una salud magnífica. Imagino que si padeció alguna leve dolencia, se curaría a sí mismo. A la que sí atendí en un par de ocasiones, por

causas típicamente femeninas, fue a su ama de llaves, la señora Conway. Nada de importancia, desde luego... Pero, agente, ¿a qué vienen estas preguntas?

—El hermano del difunto se ha presentado en nuestro departamento y nos ha comunicado bus sospechas sobre un posible asesinato.

Carruthers se echó a reír estrepitosamente.

—¡Un asesinato! ¡Qué tontería! Pero ¿a quién se le ha ocurrido semejante insensatez? Señorita, el doctor Hyganczy, a quien, entre nosotros, yo consideraba un tipo bastante estrafalario, falleció de un paro cardíaco. Yo mismo extendí el certificado, sin dudarlo un solo instante.

—Doctor, supongamos que las sospechas, aun sin confirmarse, se acentúan notablemente. ¿Podría hacerse la autopsia?

—No. El cuerpo del difunto fue incinerado. Nellie arqueó las cejas.

—Esas cosas no se hacen sin permiso de la familia o una declaración del difunto, hecha cuando todavía vive —alegó.

—Muy cierto, pero el ama de llaves me enseño un documento, firmado por el propio Hyganczy, en el que se indicaba deseaba ser incinerado a su fallecimiento.

—La firma pudo ser falsificada..

—No lo creo, señorita.

—¿Por qué?

—Bien, el hecho es que no nos tratábamos demasiado. Era un hombre bastante raro, ya se lo he dicho. Sin embargo, en una ocasión, me puse enfermo de cierta importancia y él vino a visitarme. Creí oportuno contrastar mi opinión con la suya. Me recetó algunos medicamentos y resultaron muy efectivos. Aún conservo las recetas, por si estima conveniente la comparación caligráfica.

—Me llevaré las recetas, gracias. —Nellie sonrió—. Personalmente, creo también en el fallecimiento por causas naturales, pero ya se puede imaginar, viene alguien a decirnos que sospecha de un posible asesinato y nuestro deber es investigar.

—Claro, claro, es muy lógico. Sólo que le diré una cosa, para su seguridad, señorita.

—¿Sí, doctor?

—Llevo unos cuantos años en el servicio de Cardiopatías del Roosevelt Memorial Hospital. Sé cuándo una persona muere de un ataque al corazón, para decirlo con palabras comunes.

—Doctor, creo que su valioso diagnóstico resultará de gran utilidad en este caso — manifestó la muchacha.

CAPITULO VIII

Sam Hanney sudaba a mares. Delante de él había un montón de fichas, que representaban una cantidad de dinero muy superior a la que estaba en condiciones de abonar.

Thelma le miraba con fría sonrisa.

—¿Y bien, señor Hanney? ¿No me dice nada?

El dueño del Shargoon's sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor que corría por su ancha frente.

—Si... si me diera usted un plazo prudencial, tal vez yo reuniría esa suma...

—«No, no puedo acceder a lo que me pide —contestó ella sin abandonar su tono helado—. Quiero el casino, simplemente.

—Oh, no, es la obra de mi vida...

—Señor Hanney, durante muchos años ha estado ganando a la gente. No diré que con trampas, pero todavía estoy por ver el casino que cierra su jornada con pérdidas. O, por lo menos, el balance anual. Esta vez, sin embargo, la regla ha fallado. Hay un sanador... y esas fichas representan casi un millón de dólares. ¿Tiene ese dinero?

—Le... le daré un cheque...

—¿Hay fondos suficientes en su cuenta bancaria?

Hanney lanzó una maldición en voz baja. Estaba acorralado y lo sabía perfectamente. La sesión de ruleta había sido una explosión. Decenas, si no cientos de personas, habían visto a Thelma ganar ininterrumpidamente. No podía negarse, pues, a pagar.

—Le dejaré cien mil dólares —agregó ella, tras una corta pausa—. El resto puede quedárselo... a cambio de su casino. Lo quiero para mí, entiéndalo bien de una vez, señor Hanney, y no estoy dispuesta a componendas ni aplazamientos. Si ahora decidiese no pagarme, la voz se extendería inmediatamente y en un par de semanas, se quedaría arruinado, porque nadie acudiría más a este local.

De nuevo hubo otro silencio. Luego, Hanney se rindió:

—Está bien, prepararé los documentos —dijo—. Pero usted no tiene experiencia alguna.

—Déjelo de mi cuenta. No se preocupe por algo que sólo puede quitarme el sueño a mí.

Hanney asintió pesadamente. Thelma movió una mano.

—Llame a su director de juegos —ordenó.

Un hombre entró en el despacho a los pocos momentos.

—¿Jefe?

Thelma se encaró con el recién llegado.

—Señor Slagherty, a partir de este momento, la palabra jefe debe aplicarse a mí solamente. Aunque prefiero que me llame señora Conway, ¿entendido?

Slagherty era un tipo listo y comprendió en el acto lo que había sucedido.

—Sí, señora Conway.

Thelma recogió su bolso y se puso en pie.

—Mañana, a las doce, firmaremos los documentos en casa de mi abogado —se despidió fríamente.

La noticia corrió con enorme rapidez. Aquella misma noche, May Spotter hizo una llamada telefónica.

Garfield estaba ya dormido y maldijo entre dientes al importuno que lo despertaba en lo mejor de su sueño. Pero se espabiló casi en el acto al reconocer la voz de la rubia.

—Delbert, tengo una noticia sensacional para ti. ¡Thelma Conway es la nueva dueña del Sharkoon's!

Garfield recordó inmediatamente lo que ella le había dicho algunas noches antes. Un empleo mucho mejor pagado...

—¿Cómo ha sido eso? —preguntó.

—Ganó a la ruleta. Cerca de un millón. Hanney, e1 dueño, no tenía tanto dinero, ni en la casa, ni en el Banco. Imagínate el resto.

—¡Un millón! —Garfield sintió que perdía el aliento—. Pero eso es algo... Se calló de pronto. ¿No era May la que había hablado de visión de rayos X? Tragó saliva.

—May, acaso ella estaba en combinación con el croupier —sugirió.

—Nada de eso. Lo conozco muy bien y es terriblemente adicto a Hanney, el dueño. Ex-dueño, mejor dicho. No, no hubo trampa. Sólo suerte, una suerte increíble, fantástica.

—Está bien, gracias por la noticia.

—Me pareció que te interesaría saberlo. —May soltó una risita—. Yo aposté también a sus números y me llevé la bonita suma de treinta mil «pavos». ¡Lo que me voy a divertir una temporada. Delbert! Ya he conseguido el viaje a Europa, a todo lujo, la ilusión de mi vida.

Garfield coleó el teléfono. Sentíase desvalido y encendió un cigarrillo.

¿Había algo sobrenatural en las acciones de Thelma/

¿Cómo adivinaba el caballo que iba a ganar, las cartas que le convenía jugar, el número de la ruleta al que debía apostar... y las cartas que un tramposo había ocultado en su cuerpo?

¿Debía preguntárselo?

Quizá resultase indiscreto..., aunque había una forma de sonsacarle la verdad. En ciertas situaciones íntimas, las personas se sentían inclinadas a la locuacidad, se dijo.

* * *

El relámpago rasgó la oscuridad de la noche, llegada tempranamente, a causa de las espesas nubes que cubrían el cielo. Luego llegó el retumbar del trueno, que hizo vibrar tenuemente los vidrios de la ventana, junto a la cual se hallaban Nellie Stimson.

Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Nellie vio a los perros que corrían en busca de refugio. De pronto, oyó que se abría la puerta.

Giró en redondo. Thelma avanzaba hacia ella con la sonrisa en los labios. ¿Cómo había podido volverse tan guapa?, se preguntó, terriblemente desconcertada.

—Querida Nellie —dijo, a la vez que le tendía ambas manos—. Lo que menos podía imaginarme es que vinieras a visitarme a estas horas.

—No es una visita de placer y, créeme, lo siento mucho —declaró la muchacha—. A decir verdad, te llamé esta mañana por teléfono, pero tu doncella dijo que estabas en la ciudad y que ignoraba la hora de tu regreso. Por eso decidí venir a esperarte.

Thelma se puso seria.

—¿Qué te sucede? ¿Estás en dificultades? ¿Les pasa algo a tus padres? Si es así, cuenta con mi ayuda incondicional, Nellie.

—Por ahora, no nos pasa nada a ninguno de la familia. Se trata de ti, tía Thelma.

—No entiendo. ¿A qué te refieres?

—Verás... Quizá he obrado mal, pero no lo creí oportuno. Soy agente de policía. El hermano del doctor Hyganczy vino a expresarnos sus sospechas. No cree que su hermano muriese de un ataque al corazón.

—Vaya —resopló Thelma—. Y el tipo piensa que fui yo la que lo asesiné, como en las novelas policíacas.

—Algo hay de eso, tía. Y por dicha razón, quiero hablar contigo. Ya lo hice con el doctor Carruthers esta misma mañana.

—Entonces, ya conoces la respuesta, supongo.

—Hay algo que quiero ver —manifestó Nellie—. ¿Puedes enseñarme el documento en que el doctor Hyganczy declaraba sus deseos de ser incinerado después de muerto? Y el certificado de defunción, también, si no tienes inconveniente?

Thelma sonrió.

—Voy a deshacer las suspicacias de ese estúpido en un santiamén —contestó—.

¿Quieres acompañarme, sobrina?

Nellie asintió. Un nuevo trueno, sucedido a un deslumbrador relámpago, sacudió la casa hasta los cimientos. Ya llovía torrencialmente.

Momentos después, las dos mujeres entraban en un gabinete privado. Thelma extrajo de un escritorio dos papeles, que entregó a la muchacha. Después de su lectura. Nellie devolvió uno a su tía.

—Puedo quedarme el certificado de defunción? —solicitó.

—Oh, por supuesto. En cambio, no me gustaría que te llevases la declaración firmada por Hyganczy. Prefiero que se quede aquí... aunque si me la reclamase un juez, no habría obstáculos para entregarla.

—Tía, hay algo que me extraña sobremanera. Si el doctor fue tan cuidadoso para disponer lo que debía hacerse con su cuerpo después de

muerto, ¿por qué no dejó un testamento?

Thelma se encogió de hombros.

—Puede que exista ese testamento —respondió—. Desde luego, el día de su muerte, yo encontré un talonario de cheques, con un saldo de más de diez mil dólares. El dinero está en la sucursal del First Country & City Bank. Puedes comprobarlo si quieres... por supuesto, te enseñaré el talonario de cheques, que permitiré te lleves también.

Nellie sonrió.

—Estoy segura de que las sospechas de Nathaniel Hyganczy son infundadas —dijo—. Y así se lo haré saber en cuanto lo vea.

Una serie de cegadores relámpagos, seguida de los correspondientes truenos, estalló repentinamente. La lluvia azotó los vidrios, amenazando romperlos con sus millares de impactos.

—Hace una noche infernal, Nellie —comentó Thelma—. No podrás marcharte, aunque hayas traído tu coche. Quédate y mañana será otro día. Hay habitaciones de sobra en la casa y puedo prestarte un camisón.

—Pues... a decir verdad, no me atrevía a pedírtelo, tía —manifestó la muchacha.

—Oh, vamos, vamos, para algo somos de la familia. Cuando éramos niñas, tu madre y yo nos queríamos como si fuésemos hermanas auténticas. Lo mismo que haría por la madre, haré ahora por la hija. ¿Tienes que avisar a alguien, Nellie?

—Sí, hablaré con mi jefe, para anticiparle lo que he investigado —respondió la joven.

* * *

El aguacero torrencial se había convertido ahora en una lluvia mansa, poco espesa, pero que caía incesantemente. Los truenos y relámpagos, así como las violentas ráfagas de viento, habían cesado ya.

El silencio era absoluto. Apenas si se oía el leve batir de las gotas de agua contra el suelo del jardín. Nellie se había dormido muy pronto, pero, de repente, sin saber por qué, se encontraba despierta, tan despierta, como si hubiese dormido diez horas de un tirón.

De repente, le pareció oír el chasquido de una puerta que se abría. Alguien salía de su dormitorio. La servidumbre ocupaba las habitaciones del ático. Puesto que el ruido procedía del mismo piso, sólo podía ser su tía.

Pero en aquella planta, todos los dormitorios disponían de baño individual. ¿Adónde iba su tía? No parecía la mujer capaz de levantarse a la media noche, para lanzar un «ataque» al frigorífico.

Y, a pesar de todo lo que había visto y oído, encontraba en Thelma algo que no era enteramente natural. Aquella rápida ascensión, la riqueza conseguida por métodos que desconocía y que, sin embargo, no eran delictivos, porque no había llegado el menor rumor al Departamento de

Policía... su clarividencia en el juego... y la asombrosa transformación física que se había operado en ella... ¿Qué le había sucedido?

Tremendamente intrigada, abandonó el lecho. Cuando salió al corredor, Thelma estaba ya en la planta baja. Un segundo más tarde, oyó el rumor de una puerta que se abría y cerraba sucesivamente.

No estaba bien, pero descendió también a la planta baja. La puerta correspondía a una de las habitaciones situadas en el ala norte de la casa. Intentó abrir la puerta con infinito cuidado, para no hacer notar su presencia, pero pronto advirtió que estaba cerrada por dentro.

Inclinándose, aplicó el ojo a la cerradura. No se veía nada; algo ocultaba por el interior aquel pequeño orificio. Lo único que le restaba era emplear el oído.

Al otro lado de la puerta, reinaba un silencio absoluto. De pronto, Nellie creyó percibir un olor desconocido. Era un aroma muy tenue, dulzón, con leves reminiscencias de incienso... ¿Tomaba su tía alguna droga?

De pronto, oyó la voz de Thelma:

—Uhulghor, estoy aquí.

Nellie se sintió aterrada unos instantes. ¿Con quién hablaba Thelma?

—Gracias —siguió la dueña de la casa, como si diese la respuesta a alguien, cuya voz no podía captar Nellie—. Yo también te doy las gracias a ti. Uhulghor. Tú eres mi dueño y yo soy tu dueña.

Hubo otra levé pausa.

—No, nunca lo olvidaré. Una vela verde, cada siete semanas —dijo Thelma al cabo de varios segundos—. Y todos caerán a nuestros pies y serán nuestros esclavos, mi amado, mi dueño...

Espantada, Nellie no quiso seguir escuchando y huyó en silencio de aquel lugar.

¿Quién creería una cosa semejante? ¿A quién se lo iba a contar, sin temor a las burlas?

Sólo había una persona: Delbert Garfield, decidió finalmente.

Estaba muy nerviosa y tardó mucho rato en conciliar nuevamente el sueño, de tal modo que, cuando se despertó, eran casi las diez de la mañana.

Un poco enfadada consigo misma, se vistió y arregló rápidamente y salió del dormitorio. Thelma, sin duda, no la había querido molestar. No le podía formular ningún reproche, aunque habría que oír al sargento Brown más tarde en la Jefatura.

Cuando llegaba a la planta baja oyó voces, una de ellas masculinas, muy destemplada.

—Usted tiene el documento, señora Conway. Le exijo me lo entregue inmediatamente.

—No sé a qué documento se refiere, señor Hyganczy —sonó la voz de Thelma, fría, sin apenas entonación—.

Usted ha sospechado de mí algo verdaderamente repugnante y eso es algo que debo soportar, pero que no puedo perdonar. Ahora bien, como no quiero

que, al menos en otros sentidos, se piense mal de mí, le autorizo a que registre la casa, del tejado al sótano, para que se lleve cuanto perteneció a su difunto hermano, incluyendo ciertas obras de indecente literatura, que todavía están en la biblioteca.

—Había muebles...

—La casa es alquilada y los existentes en vida de su hermano, fueron renovados, con consentimiento del propietario. Quedan algunas ropas y objetos personales, de los cuales puede disponer libremente, pero nada más. .Sobre el resto de lo que hay en esta casa, no tiene usted el menor derecho.

—¡A mí me interesa el documento nada más! —rugió Hyganczy.

—Repito que no sé nada de ese documento, pero, si lo desea, y ya lo he dicho antes, puede registrar la casa a su gusto. Le he entregado un talonario de cheques, con el saldo de la cuenta; no creo que en el Banco le pongan demasiados obstáculos. Por lo demás, y apenas haya terminado ese registro, me hará el favor de salir de aquí y no verme más en los días de su vida. Considero su actitud repulsivamente insultante y no quiero soportar su presencia un minuto más de lo necesario.

—Usted tiene ese documento, maldita sea, y me lo va a entregar ahora, tanto si quiere como si no...

Nellie se alarmó al observar el tono amenazador de aquellas palabras y decidió intervenir rápidamente, abriendo la puerta por completo.

—Tía, ¿me necesitas para algo? —exclamó.

Thelma y el visitante se volvieron al mismo tiempo. Hyganczy lanzó una maldición.

—¿Qué hace aquí esta mujer policía? —barbotó.

—Es mi sobrina —contestó Thelma—. Vino a visitarme anoche y se quedó, debido a la tormenta. ¿Has descansado bien, Nellie?

—Sí, gracias, tía. Me pareció que tenías problemas... Thelma se echó a reír.

—Oh, no, en absoluto; el señor Hyganczy se irá en seguida. ¿No es así, amigo mío? Hyganczy vaciló un segundo antes de emitir una gruñona respuesta:

—Sí, ya me iba. Pero volveré...

—Sólo para llevarse los objetos personales de su difunto hermano —dijo Thelma fríamente.

El visitante no añadió una sola palabra más. Con grandes zancadas, se encaminó hacia la puerta, que cerró bruscamente, descargando su furia en el golpe. Al quedarse sola con su sobrina. Thelma sonrió ampliamente.

—Has dormido bien, supongo —dijo.

—Sí, perfectamente, tía —contestó Nellie—. Oye, ¿qué era ese documento que oí reclamar a Hyganczy que, al parecer, perteneció a su hermano?

CAPITULO IX

Delbert Garfield encendió su cigarrillo y expulsó parsimoniosamente ¡as primeras bocanadas de humo. Sentado frente a Nellie, en un discreto rincón de una elegante cafetería, miró a la muchacha con ojos críticos.

—¿Y por qué quiere usted que haga yo eso? —preguntó.

—Tiene cierta influencia sobre mi tía. Fila le aprecia muchísimo.

— Eso no es suficiente. Entre Thelma y yo no existe la suficiente confianza como para pedirle que me hable francamente de ciertas cosas de las que a juzgar por lo que he oído, o no quiere hablar o ignora las respuestas.

—Lo que está pasando no me gusta en absoluto, Delbert. Por una parte, y técnicamente hablando, mi tía es inocente. No hay una sola prueba en su contra. Pero, por otra...

—Por otra parte, usted presiente que «si» asesinó al doctor Hyganczy. Hubo un instante de silencio. Luego, Nellie movió la cabeza.

—Sí —dijo con voz apenas audible—. Creo, honradamente, haber hecho todos los posibles para buscar esas pruebas. Pero no he encontrado en absoluto nada que permita siquiera establecer una situación de «oficialmente sospechoso». Si Thelma hizo algo, obró con una inteligencia y una astucia realmente admirables. Además, está la declaración del doctor Carruthers, de cuya competencia, por no hablar de su conducta privada, no se puede dudar en absoluto.

—Entonces, ¿qué más quiere, muchacha? No hay nada que hacer; Thelma es inocente. Nellie pegó un pequeño puñetazo sobre la mesa.

—Y, sin embargo, yo presiento que no dice la verdad por completo —exclamó—. Está ocultando aleo que no me atrevo siquiera a imaginar... tal vez algo horripilante... Aquella conversación a media noche con un tal Uhulghor... ¿O era que invocaba a un espíritu maligno?

Garfield conocía todo lo sucedido en casa de Thelma y se sintió preocupado.

—Hay algo en su conducta que no parece humano, en efecto. ¿Sabe usted ya que se ha convertido en la dueña del Sharkoon's? ¡Ganó un millón en la ruleta!

—Lo sé —dijo Nellie tristemente—. Tal vez... ha establecido un pacto con algún espíritu infernal, que le proporciona ciertos beneficios, a cambio de... de...

—¿De su alma? —Rió Garfield—, Vamos, no lo tome tan por lo dramático. Simplemente, ha desarrollado sus facultades psíquicas hasta un punto que no podemos sospechar siquiera. Es una persona con una clarividencia excepcional. Tal vez toma alguna droga que estimula extraordinariamente sus percepciones sensoriales; no olvidemos que hay drogas que actúan en ese sentido...

—Sí, aunque no hasta el extremo de permitir a una persona que adivine la

jugada que se va a producir o el caballo que va a ganar en una carrera. Y eso, usted lo sabe muy bien, es lo que ha permitido a mi tía alcanzar la excepcional posición de que hoy disfruta.

Garfield se acarició el mentón pensativamente.

—Voy a proponerle una cosa —dijo.

—Dígame, Delbert.

—Hablaré con Hyganczy. Lo haré a título particular. Por lo que he podido deducir, con usted se mostraría muy reticente, puesto que conoce su parentesco con Thelma. ¿Le parece bien?

—Sí, pero ¿qué pretexto piensa utilizar para forzarle a que le dé las respuestas deseadas?

Garfield sonrió.

—No se preocupe, deje eso de mi cuenta —respondió—. Y también hablaré con Thelma, descuide.

—Esa mujer... —murmuró Nellie—. No comprendo en absoluto cómo ha podido sufrir una transformación semejante...

—A veces, el dinero sirve también para algo más que conseguir bienes materiales. La belleza corporal, aunque sea un bien estrictamente físico, depende de muchas circunstancias. Cuando una persona se siente deprimida, frustrada, amargada... tiene una expresión muy distinta de cuando está llena de alegría y optimismo. Y a su tía le pasa ahora eso y, con la ayuda de unos cuantos potingues, está desconocida.

Nellie sonrió de mala gana.

—Sí, puede que haya algo de eso —convino—. Entonces, ¿hablará con Hyganczy?

—En cuanto me sea posible. Y, descuide, la tendré puntualmente informada de todo lo que averigüe.

* * *

Nathaniel Hyganczy miró con curiosidad al hombre alto y bien parecido que había ido a visitarle a su habitación del Townbridge. Después de escuchar las palabras de Garfield, hizo una pregunta:

—¿Y por qué tengo yo que darle explicaciones, cuando ni siquiera le conozco a usted?

—Porque yo conocía mucho a su difunto hermano.

—¿Eran amigos?

—Nuestra relación no se puede definir de esa manera. Nos conocíamos, nos tratábamos... pero no precisamente como amigos.

—Si no se explica un poco mejor...

—Hablaré claro. Su hermano dejó cierto documento de gran importancia, ¿no es así? Hyganczy respingó.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién se lo ha dicho? —gritó. Garfield emitió una risita.

—Tengo ojos y oídos en los sitios más importantes de la ciudad —contestó —. También dispongo de personas que actúan sin hacer preguntas, a una simple orden mía y con absoluta discreción. Haga un pequeño esfuerzo imaginativo y comprenderá el sentido de mi respuesta.

Hyganczy tragó saliva. Tal vez el hombre que tenia frente a sí era el jefe de una tropa de gangsters, pensó. Probablemente tendría amistades e influencias en las más altas esferas de la ciudad, aparte de dominar con mano de hierro el inundo del hampa. Esa clase de personas, se dijo, adoptaban la apariencia de honestos y prósperos hombres de negocios, lo cual no les impedía, llegado el caso, ordenar a sangre fría la eliminación de un rival o un tipo molesto.

—Pero yo... no sé qué puedo hacer... —dijo al cabo, tartamudeando.

—Su hermano se aficionó mucho al juego en los últimos años de su existencia. Hubo una temporada en que era una verdadera catástrofe. Bastaba, por ejemplo, para que consiguiese un póquer de reyes, para que su adversario consiguiera uno de ases... Y de este modo, llegó a deberme hasta diez mil dólares.

—¡Diablos! —Respingó Hyganczy—. Eso es mucho dinero.

—Lo es —dijo Garfield sin pestañear—. Y yo poseo un documento en el que su hermano reconoce esa deuda. Naturalmente, en el documento no se habla para nada de cartas; simplemente, se menciona un préstamo... préstamo que no he podido recuperar. Ahora bien, usted conseguirá en plazo muy breve la declaración de heredero de su difunto hermano, puesto que no dejó testamento. Entonces, le atribuirán los fondos de su cuenta corriente... y yo reclamaré mi deuda,

—¿Qué pasaría si decidiese no pagarle?

—No se lo aconsejo. Soy un hombre paciente; capaz de esperar meses y hasta años para cobrar un préstamo... pero siempre cobro.

Hyganczy captó en el acto el sentido amenazador de aquellas palabras.

—Bueno, mi hermano dejó sólo unos diez mil dólares...

—Y un documento.

Sobrevino una corta pausa. Al fin, Hyganczy dijo:

—Usted quiere ese documento.

—Por lo menos, una copia; hecha, naturalmente, en mi presencia —respondió Garfield—. De momento, sin embargo, me conformo con un extracto de su contenido. Usted lo conoce, ¿no es cierto?

Hyganczy suspiró resignadamente.

—Sí, lo conozco —admitió.

* * *

Nellie se sintió aterrada al conocer la verdad.

—¿Es posible? —dijo, abrumada.

—Las pruebas parecen corroborarlo —respondió Garfield.

—Pero eso es... cosa de brujería... Hoy día no suceden cosas así...

—Nellie, yo vi a Hyganczy apostar por un penco asmático y llevarse cien mil dólares. Thelma hizo lo propio un año más tarde. La he visto jugar y ganar todo lo que se le ha antojado. Además, ahora se ha convertido en toda una belleza; tiene el mundo a sus pies... y ello se debe a que ha logrado convertirse en la dueña de Uhulghor. No sé exactamente cómo; Nathaniel Hyganczy, no ha podido relatarme con absoluta exactitud el contenido de ese documento. Pero no cabe duda de que, en el fondo, hay mucho de verdad en este asunto.

—Una droga que proporciona una sobreestimulación de la percepción sensorial — murmuró ella.

—Más o menos, eso es, Nellie. En tal caso, el sujeto dispone de poderes que le permiten adivinar un futuro muy próximo... como, por ejemplo, la carta que van a darle o la que le darán al compañero de juego... o el número en que caerá la bola.

—¿Y el cambio físico? ¿Cómo lo explica? —preguntó ella bruscamente—. ¿Tiene alguna explicación para este fenómeno que nos parece absolutamente fantástico?

—No —contestó él serenamente—. No puedo explicármelo de ninguna forma. Pero es realidad y debemos atenernos a ella. De todos modos, quizá esta misma noche consiga saber más cosas

—¿Cómo?

—Me he invitado a cenar con su tía. En su residencia, claro. Nellie le miró suspicazmente.

—¿Sólo... a cenar? —preguntó

Estaban sentados en un restaurante, en donde se habían reunido a la hora del almuerzo. Garfield se limpio cuidadosamente los labios con la servilleta y contesto:

—Soy un hombre libre y mayor de edad.

—Sí, salta a la vista —replicó Nellie ácidamente.

—No se enfade. A fin de cuentas, lo hago en su propio beneficio.

—Está bien, en realidad, no tengo por qué molestarme —admitió ella a regañadientes—. Pero, dígame, ¿cómo consiguió que Hyganczy le explicara el contenido del documento?

Garfield se echó a reír.

—Muy sencillo: adopté el papel de un importante miembro del hampa, de los que están arriba, en la cúspide, y viven la existencia de personas normales, con grandes negocios completamente legales, pero dueños de toda una red subterránea, que les permite tener a la ciudad en un puño. Hyganczy se tragó la píldora, eso es todo, aparte de creer que su hermano me debía diez mil dólares.

—¡Caramba, eso no se me hubiera ocurrido a mí! —exclamó Nellie, sinceramente asombrada.

—Bueno, usted ya está definida como mujer policía. Ahora ya no le resultaría posible.

—De modo que Hyganczy creyó la existencia de la deuda... ¿No le exigió ningún recibo?

—Dije que lo tenía y que se lo enseñaría, cuando comprobase la veracidad del documento que contiene la fórmula para invocar a Uhulghor.

—El espíritu infernal que concede la fortuna y la hermosura —murmuró ella.

—Así parece, Nellie. Cuesta mucho creer que sea cierto, pero su tía Thelma es la mejor prueba de la autenticidad de esa fórmula —respondió Garfield.

—Y usted... quizá pueda verlo esta noche.

—Al menos, lo intentaré con todas mis fuerzas.

CAPITULO X

Cuando la cancela se abrió por sí sola, Garfield pensó en los perros. Un par de segundos más tarde, vio galopar hacia él a los «doberman-pinscher, negros como la noche y con las espantosas fauces abiertas, resoplando ruidosamente y dispuestos a destrozarle a dentelladas. Pero, como en la ocasión anterior, los canes se detuvieron a sus pies, le olisquearon, meneando alegremente el rabo y luego, dando media vuelta, se alejaron con la misma rapidez que a su llegada.

La verja se cerró por sí sola. Garfield avanzó hasta la casa. Esta vez, no tuvo que esperar. Thelma descendía va del primer piso.

Ahora no llevaba puesto el vestido rojo fuego de la anterior ocasión. Su indumentaria era mucho más modesta, pero no por ello resultaba menos atractiva. ¿Qué misteriosos poderes eran los del infernal Uhulghor para conseguir semejante transformación?, se preguntó.

Tomó las manos que ella le tendía y sonrió.

—Tienes unos perros muy cariñosos —dijo.

—No lo creas. Saben bien a quién pueden permitir el paso impunemente —contestó ella.

—¿Los has adiestrado particularmente? Thelma sonrió de forma evasiva.

—¿Tomamos algo? —sugirió.

—Sí, claro...

Entraron en el salón. Thelma preparó las bebidas.

—¿Cómo anda tu apetito? —preguntó, al entregarle un vaso alto.

—Nunca me falta —sonrió él—. Creo que debo brindar por tu éxito, Thelma.

—Lo sabes ya, ¿eh?

—¿Cómo pudiste ganar un millón?

—Tuve suerte. Y también algo de lo que muchas veces se ríe la gente: intuición femenina.

—En tu caso, no te falló, te felicito, Thelma.

—Gracias. Y puesto que estamos ya en el tema, creo que debo hablarte del empleo que mencioné en cierta ocasión.

—Te escucho.

—Ahora soy la dueña del Sharkoon's. Slagherty lo dirige bien, es competente y fiel.

Pero yo quiero algo más.

—No entiendo. —Las cejas de Garfield se arquearon—. ¿A qué te refieres. Thelma?

—Un supervisor de toda mi confianza. Alguien que no interfiera a Slagherty, pero que, al mismo tiempo, si lo considera necesario, pueda vetar sus decisiones.

—Lo que tú quieres es un general mánager, ¿no? Thelma le miró por

encima del borde de su vaso
—Con plenos poderes, Delbert —aseguró. Tomó un sorbo y añadió—: Tu libertad de acción seria absoluta Apoyaré siempre tus decisiones...
Garfield suspiró.
—Thelma, no sé cómo decírtelo... Yo te aprecio y tú me aprecias, ¿no es eso?
—Te he dado alguna prueba, me parece —sonrió ella maliciosamente—. Y esta noche, estoy dispuesta a... Bien, no es necesario que siga, creo.
—Gracias. Pero... la verdad, no me gusta esa clase de trabajo.
—Delbert! —se sorprendió ella
—Quiero ser sincero contigo, aparte de que agradezca con toda el alma tu ofrecimiento. Mira. Thelma, a mí me gusta el juego moderadamente; lo hago en ocasiones como una distracción, una forma de relajarme de la tensión de mi trabajo habitual.
—Pero no tendrías que jugar —exclamó la mujer
—Oh, eso ya lo sé. Sin embargo, debería hacer vida nocturna. Y un día a la semana o cada dos semanas no me importa... porque me gusta divertirme, repito; pero no podría soportar un trabajo que me exigiera estar en pie hasta altas horas de la madrugada. Sobre todo, los fines de semana, que es cuando acude más gente y a mí me gusta, en la mayoría de ocasiones, irme a una casita que tengo en las montañas, a disfrutar de la naturaleza, la salida y la puesta de sol, paseos por el campo apenas amanecido... Sinceramente, no, Thelma Lamento infinito defraudarte, pero no podría obrar de otra forma.
Ella permaneció silenciosa durante unos segundos. Luego, de pronto, sonrió radiantemente.
—Es mejor que lo hayas dicho ahora y con tanta franqueza —contestó—. De todas formas, yo también fui sincera al hacerte ese ofrecimiento.
—Si quieres que busque a alguien de toda confianza.
—Oh, no vale la pena. Por el momento, me arreglaré con Slagherty. —Thelma le miró ardientemente—. La oferta era exclusivamente para ti, Delbert.
—Gracias, pero ya conoces mis motivos. Celebro infinito que hayas sido tan comprensiva...
Thelma dejó el vaso a un lado y se colgó de su brazo.
—Por eso no voy a cambiar —dijo, sin quitarle la vista de encima.

* * *

De nuevo habían sobrevenido el éxtasis y el luego de la pasión. Cuando decidieron descansar. Thelma se acurrucó en los brazos del joven.
—Quisiera que estos momentos durasen toda una vida —murmuró. Garfield decidió aprovechar la ocasión.
—Tú puedes conseguirlo —dijo.
—¿Cómo?

—Hay alguien que te ayuda a conseguir lo que de seas, ¿no? Thelma se sentó bruscamente en la cama.

—¿Quién te ha dicho...?

—He hablado con Hyganczy.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Su hermano me debía algún dinero —mintió Garfield—. Fui a reclamárselo. Me pagará cuando haya resuelto todos los trámites legales sobre la herencia del difunto doctor y pueda disponer de la cuenta corriente.

—Y él te dijo...

—Me contó una historia fantástica.

—¿La has creído?

Garfield buscó cigarrillos y encendió uno, pasándoselo a Thelma, pero ella lo rechazó bruscamente.

—He creído en parte su historia, aunque no se puede negar que tienes una suerte fantástica en el juego —dijo al cabo.

—Es cierto —admitió Thelma casi con brusquedad—. He conseguido la fórmula para..

—¿Por qué no sigues?

Thelma se levantó de pronto, sin intentar cubrir siquiera su espléndido cuerpo. Garfield la admiró en silencio; aquella mujer, que pasaba largamente de los treinta y cinco años, tenía la silueta de una muchacha de veinte: los senos redondos, firmes, altos; la angosta cintura, las caderas de ánfora, las piernas largas y bien torneadas...

De pronto, la vio sonreír.

—¿Te gusto? —preguntó Thelma.

—Nunca he visto otra mujer como tú —confesó él

—Me lo dio Uhulghor.

Garfield fingió sorpresa, pero sólo a medias.

—¿Qué? ¿Quién es ése? —exclamó.

—No lo comprenderías. Uhulghor tiene unos poderes fantásticos; es capaz de hacer cualquier cosa que se le pida. Y yo le pedí fortuna, juventud y belleza, y me lo concedió.

—Pero... eso parece cosa de brujería...

—Lo parece, pero es una realidad absoluta, Delbert.

—Está bien, me siento inclinado a creerte, pero, ¿cómo lo consigues? Thelma sonrió maliciosamente.

—Es pronto para que lo sepas todo —dijo—. Uhulghor no es más que uno y es imposible que le pida actuar en tu favor. Naturalmente, yo sí puedo hacerlo.

—¿Cómo? Dime, por favor...

—Ve mañana al hipódromo. Antes de mediodía, te indicaré el caballo por el que debes apostar.

—Thelma, por favor, cuéntame...

Ella onduló sensualmente hacia el lecho y puso una rodilla en el borde.

—Ahora, no. En otro momento, querido —dijo con voz estallante de pasión.

¿Qué había en aquella mujer, que le seducía de forma irremisible?, se preguntó Garfield, mientras se sumergía de nuevo en el éxtasis de la sensualidad. ¿Era realmente cosa de brujería? Lo que le sucedía, ¿era sólo ilusión de sus sentidos?

¿Y si se trataba solamente de ciertas alucinaciones que le hacían ver algo que no era auténtico? La primera noche, aquel cambio que había visto en Thelma, cuando estaba profundamente dormida...

Ahora, se dilo, esperaría a que sucediese lo mismo. Se mantendría desvelado todo el rato que hiciese falta. Tarde o temprano, Thelma acabaría por dormirse y entonces...

* * *

El hombre llegó junto a la cancela en la oscuridad y escuchó durante unos momentos.

No se percibía el menor ruido sospechoso, de modo que decidió pasar a la acción.

Nathaniel Hyganczy había llevado consigo una recia palanqueta de hierro, que empleó para forzar la cerradura. Al cabo de unos momentos, tenía el paso libre. Empujó un poco y la verja giró en silencio, merced a unos goznes bien engrasados.

Avanzó paso a paso. De pronto creyó percibir unas sombras que se le abalanzaban con gran rapidez.

Oyó unos atroces gruñidos. Ya no tenía tiempo de escapar.

Sin embargo, aún conservaba la palanqueta en la mano, puesto que pensaba utilizarla en la puerta principal. Cuando el primero de los perros se le echó encima, Hyganczy alzó la pesada barra de hierro.

Un cráneo animal estalló horriblemente. El can se desplomó fulminado.

Pero el otro «doberman» llegaba a continuación, un par de metros detrás de su congénere. Hyganczy no tuvo tiempo de emplear el hierro por segunda vez.

Ochenta kilos de músculos y huesos perfectamente adiestrados para matar cayeron sobre él y lo derribaron al suelo. Hyganczy perdió la palanqueta. El terror le hizo chillar estridentemente.

Gritó, gritó desesperadamente, mientras recibía feroces mordiscos en los hombros y en el pecho. Una atroz dentellada se le llevó de golpe cuatro dedos de la mano izquierda. Haciendo un desesperado esfuerzo, consiguió apartar a un lado al animal y hasta consiguió ponerse en pie.

Pero el «doberman» cargó de nuevo y mordió furiosamente una de sus pantorrillas.

Hyganczy cayó de bruces.

Ahora tenía menos defensa. Las mandíbulas de hierro del can se cerraron

sobre su nuca. Un dolor vivísimo inundó su cerebro explosivamente. El sufrimiento le hizo volver un poco la cabeza. Entonces, el perro mordió una vez más, ahora en la yugular.

* * *

Estaban fumando un cigarrillo cuando oyeron los primeros gritos, seguidos de unos ladridos espeluznantes. Garfield se aterró.

—¡Ha entrado un ladrón! —exclamó.

—¡Maldito imbécil! —dijo Thelma furiosamente. Garfield saltó de la cama y empezó a vestirse apresuradamente.

—Hay que hacer algo —dijo.

—Ya es tarde —contestó ella, con sombrío acento. Pero, sin embargo, se levantó también y buscó su bata. Segundos después, corrían hacia la planta baja.

—¿Tienes una linterna? —preguntó él.

Thelma abrió un armario situado cerca de la entrada. Cuando iba a salir, Garfield dudó un poco.

—Los perros pueden atacarme también —dijo. —Conmigo al lado, no te harán nada — aseguró ella

Garfield abrió. Caminó una veintena de pasos y, de pronto, se detuvo en seco.

—¡Dios mío! —exclamó, aterrado, al ver aquel espantoso cuadro.

Uno de los «doberman» vacía en el suelo, con el cráneo abierto. El otro, con las fauces completamente ensangrentadas, permanecía erguido, las patas delanteras apoyadas en la espalda cié! hombre caído de bruces sobre la gravilla del sendero.

Había sangre por todas partes. Garfield se mareó Tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol.

—¡Fuera, «Zyro», fuera! —ordenó Thelma.

E1 perro se apartó inmediatamente. Thelma, mucho más serena, se apoderó de la linterna y enfocó el haz de rayos luminosos sobre el cuerpo inerte.

—¡Es Hyganczy! —exclamó. Garfield reaccionó.

—Dios mío, pero... ¿qué pretendía ese sujeto'

Thelma se volvió, Garfield apreció que sus pupilas brillaban casi tanto como el foco de luz de la linterna.

—Entró a robar, ¿no lo entiendes? —Dijo, casi gritando— Mató a uno de mis perros. El otro le atacó y...

—Pero, ¿es que no conocía la existencia de los canes?

—Estaban en sus casetas, al otro lado, y atados. Durante el día permanecen bien atados, para la seguridad de posibles visitantes.

—Pero, a pesar de todo, ¿no ladran o gruñen o se agitan cuando viene alguien?

—No.

Garfield sintió un helado escalofrío. Aquella mujer, tan hermosa, tan seductora, un volcán de luego sensual, empezaba a darle miedo. ¿Acaso debía creer en la maléfica influencia de Uhulghor?

Haciendo un esfuerzo, consiguió sobreponerse.

—Conviene avisar a la policía —dijo.

—Yo lo haré. No toques nada, Delbert.

—Descuida. Ata a «Zyro» —recomendó él.

—Pensaba hacerlo. También le lavaré la boca.

Garfield se estremeció de nuevo. Ahora, más que nunca, debía alejarse de la diabólica influencia de aquella mujer.

Hurgó en sus bolsillos. Con mano temblorosa, encendió un cigarrillo, mientras, morbosamente fascinado, contemplaba el cuerpo exánime de Nathaniel Hyganczy.

De pronto se sintió acometido por una terrible sospecha.

Aquella muerte tendría justificación legal. No cabía la menor duda de que Hyganczy había actuado como un vulgar ladrón, forzando la verja y matando a uno de los canes que le habían atacado. Ciertamente, no era Thelma la única que tenía perros de defensa en su propiedad.

Pero, ¿había venido Hyganczy por su propia voluntad? ¿No había sido atraído a una mortal trampa por medio de los inexplicables poderes de Thelma?

Unos minutos más tarde, regresó la dueña de la casa. Ya se oía a lo lejos el alarido de una sirena policial.

—-Espero que declares la verdad cuando te interroguen —dijo Thelma con perfecta sangre fría.

—NO temas —contestó él.

CAPITULO XI

Estaba aplicándose un poco de loción en la cara, recién afeitado, cuando oyó ruido de tacones en la sala. Agarró la bata, se la puso y salió del baño.

—Nellie —exclamó.

—La puerta no estaba cerrada con llave —dijo la muchacha.

—La asistenta se ha marchado hace unos minutos.

—Y tú te levantas ahora...

—He pasado mala noche.

—Claro, la otra resultó mucho más agradable, ¿verdad?

Garfield se dio cuenta en el acto del tono crítico e incluso hostil que latía en la voz de la joven.

—Nellie, no te autorizo a que me hagas ningún reproche —dijo con frialdad—. Hice lo que me parecía... y no iba a ponerle una pistola al pecho para que me contase la verdad, creo yo.

—Hipócrita, sucio individuo...

—¡Nellie! —Gritó Garfield—. Basta de tonterías. Ni tu cargo ni tu parentesco son suficientes para que me digas ciertas cosas. Ni yo pienso tolerarlas, por otra parte.

De súbito, ella dio un paso adelante y le abofeteó.

—Esto es lo que pienso de ti —exclamó—. Y era el motivo que me había traído a tu casa, de modo que, ¡adiós!

Garfield se quedó parado un instante brevísimo, pero reaccionó con el tiempo suficiente para adelantarse a la muchacha y cerrarle el paso.

—Quédate —dijo imperativamente—. Todavía no sabes la verdad.

—Ya he oído lo suficiente... A ella no se le podía acusar; Hyganczy entró ilegalmente en una propiedad ajena, tras haber forzado una cerradura. ¡Pero fue un asesinato!

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Los perros estaban sueltos...

—A mí no me atacaron nunca.

—Hyganczy no conocía la existencia de esas fieras.

—¿Y qué? Sabía que lo que hacía era ilegal. ¿Y si, en lugar de perros, Thelma hubiese tenido una escopeta y la hubiera usado contra el intruso? ¿Quién la habría acusado de defender su propiedad?

Nellie inspiró con fuerza.

—Pero ¿por qué tenía que ir a esas horas? —dijo, algo más calmada.

—El documento de su hermano —contestó él—. No hay otra explicación plausible.

—¿Existe ese documento? —dudó ella.

—Sí, aunque no lo he visto. Thelma lo admitió.

—Vaya, le sacaste muchos Secretillos...

—Nellie, déjate de sarcasmos. Estamos enfrentándonos con algo que no es

de este mundo, algo que tiene unos poderes formidables, aterradores, unas fuerzas, cuya capacidad no podemos imaginar siquiera. No sé exactamente cómo lo ha conseguido tu tía, pero lo cierto es que lo hizo.

—Una fórmula mágica —bufó la muchacha.

—Algo hay, no nos burlemos descreídamente de lo que está sucediendo. Piensa en las alucinaciones del L. S. D. También antiguamente se producían, aunque te parezca absurdo. El L. S. D. o ácido lisérgico está contenido en el cornezuelo del centeno, esa enfermedad que puede arruinar una cosecha y que causa locuras, y alucinaciones en el ganado que ingiere centeno contaminado, y que, hoy se piensa ocurrió así, fue la causa de las alucinaciones vistas por las supuestas brujas de Salem. En aquella época, hubo una epidemia de cornezuelo y la mayor parte de los habitantes de Salem comieron pan elaborado con ese centeno contaminado. La enfermedad no era muy grave, pero acometió con fuerza a los más débiles de mente.

—Eso estaría muy bien, pero tú y yo no tomamos drogas ni mucho menos. En tocio caso, es Thelma la que debería padecer las alucinaciones.

—Lo sé, lo sé —contestó Garfield—. Pero quizá hay algo superior a todo lo conocido. Admitamos que sea ella la que toma la droga, una nueva fórmula, por supuesto. Pero somos nosotros los que vemos algo que quizá no sea real

—¿No? Dime, ¿y el dinero que ha ganado?

—Eso es real, por supuesto. Pero, ¿es ella así tal como la vemos? Hermosa, elegante, distinguida, desenvuelta, segura de sí, apasionada...

—¡Delbert, no empieces con detalles escabrosos! —Se escandalizó la muchacha.

Garfield se apartó de la puerta y buscó cigarrillos. Después de encender uno, se volvió hacia su visitante.

—Tienes que oír algo escabroso, te guste o no —dijo—. Soy un hombre y me gustan las mujeres.

—Normal, claro —calificó Nellie, sarcástica.

—Tu tía y yo nos acostamos. A estas alturas, no voy a negarlo, sería absurdo. Está realmente atractiva y... Bien, el caso es que la primera noche, nos dormimos. Yo me desperté más tarde y encendí un cigarrillo. Casi amanecía ya y entraba algo de luz. La miré. Estaba dormida. Ya no era la mujer hermosa y seductora, sino una bruja., el pelo lacio, ratonil, el cuerpo fláccido, repulsivo... Pero di un salto en la cama y se despertó y volví a verla bella y tremendamente deseable. Fue una visión que duró escasos segundos, hasta el punió de que aun hoy dudo de que fuera realidad. Pero si sucedió realmente, ¿no cabe la posibilidad de que ella influya en nosotros en todo el mundo, para ser más exactos, a fin de que la veamos hermosa y atractiva?

Nellie se quedó parada al oír aquellas palabras, sin saber qué contestar. Garfield tomó aliento y continuó:

—Hay otros detalles que corroboran mis suposiciones, aunque en un sentido algo diferente de lo expresado. Recuerda el jugador tramposo, Canby;

tengo la seguridad de que Thelma le hizo cruzar la calzada cuando llegaba el camión.

—¿Por qué? Ya le había ganado y denotado al desenmascararle...

—Por vengar el ataque de que había sido objeto. Y. quizá también, sucedió con Hyganczy algo parecido. Es decir, Thelma le hizo acudir a su casa, a una hora en que sabía que los perros le atacarían.

—Pero ni a mí ni a ti te han atacado jamás...

—Ella domina a los animales como a las personas, Nellie. Incluso los hizo callar cuando Hyganczy la visitó por primera vez. Los canes estaban atados, es cierto, pero, aun así, deberían haber organizado un alboroto fantástico al sentir la presencia de un extraño. Y Thelma ha admitido que Hyganczy desconocía la existencia de los perros, porque estuvieron callados durante todo el tiempo que él permaneció en la casa. Hay algo que debes saber, por si lo ignoras. Esa raza de perros, los «doberman-pinscher», nunca se domestican por completo. Atacan, incluso, a sus entrenadores, aunque empiecen con ellos recién destetados de la madre. Y conmigo se portaron como falderillos.

—A mí tampoco me molestaron en absoluto —dijo ella, hondamente preocupada.

—Pero si Thelma planeó la muerte de Hyganczy, porque podía ponerla en apuros, no se podrá demostrar jamás.

—De modo que ahora admites la posibilidad de un asesinato.

—Quise actuar como un abogado del diablo —sonrió Garfield—. Llegaste tan enojada...

—Tenía motivos para ello, ¿no?

—¿Y qué querías que hiciera? No podía pedirle, así, por las buenas, que me lo contase todo.

—Tú lo que querías era refocilarte con ella —dijo Nellie malhumoradamente. Garfield levantó los hombros resignadamente.

—Lo admito, pero sólo en parte —contestó. De pronto, Nellie se echó a reír.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, desconcertado.

—Delbert... Mira que si lo que has dicho resultase cierto... Ella nos hace ver lo que no es verdad... y tú te has acostado con un pellejo lleno de huesos...

Nellie exhaló una estridente carcajada. Todavía reía al abrir la puerta, sin que Garfield, lleno de perplejidad, y hasta sintiendo asco de sí mismo, hubiese sido capaz de encontrar la respuesta adecuada a las mordaces palabras de la muchacha.

* * *

Después de aquella entrevista, transcurrieron varias semanas.

Garfield se sumergió en su trabajo. En todo aquel tiempo, no vio a Nellie ni tuvo noticias suyas. Thelma, por su parte, le llamó en varias ocasiones. Garfield se disculpó con sus ocupaciones.

Una noche, sin embargo, decidió cenar con ella, pero en un restaurante. Quería comprobar una cosa y lo consiguió. Thelma continuaba siendo una mujer arrebatadoramente hermosa. Pero, pese a los esfuerzos que hizo ella por llevárselo a su casa, Garfield no quiso ceder y se limitó a acompañarla hasta la verja. Después huyó como si ella fuese el mismísimo demonio.

Mientras, Thelma continuaba progresando. El Sharkoon's tenía cada día una clientela más numerosa, con detrimento de otros casinos, en especial de El Trébol de Oro, su principal competidor. Garfield empezó a temer que un día aquella mujer concibiese ambiciones mucho mayores y quisiera convertirse en la dueña de la ciudad.

—Lo conseguirá, si se lo propone —lúe la triste conclusión a la que llegó, tras meditar hondamente sobre el asunto.

De pronto, cierto día, recibió en su despacho la visita de un individuo, llamado Hugo DeVriijn, según rezaba la tarjeta de visita.

Era ya muy tarde. Garfield se había retrasado en la salida, debido a un asunto que le venía preocupando desde hacia bastantes días y que no lograba resolver satisfactoriamente. Cuando DeVriijn le entregó su tarjeta, estuvo a punto de enviarlo a paseo, pero se contuvo en el acto al escuchar una frase del visitante:

—Deseo hablarle del doctor Hyganczy, señor Garfield. El joven se irguió en el acto.

—¿Qué sabe usted de aquel hombre? —exclamó.

El visitante demoró su respuesta algunos segundos, mientras sonreía de una forma singular. Era un hombre menudo, de cabellos muy blancos y tinos y rostro apacible, de mejillas sonrosadas.

—Conocí a Hyganczy hace bastantes artos —contestó por fin DeVriijn—. Sé de sus experimentos y he podido enterarme de su fallecimiento. También estoy enterado de la terrible muerte de su hermano menor.

Vivamente interesado. Garfield inclino el rostro hacia adelante.

—Entonces, estará enterado de la existencia de cierto documento...

—Sí. Yo conocía ese documento. Es una fórmula antiquísima, descubierta por un alquimista húngaro hace más de seiscientos años. Pero, a fin de no divulgar su conocimiento, la redactó en una clave especial, ideada por él mismo. A mí me costó muchísimo descifrarla.

—¿Y la utilizó?

—No. Era algo demasiado espantoso. No se puede jugar impunemente con las fuerzas sobrenaturales. El descubridor de la fórmula murió de una manera horripilante. Yo lo sé, porque pude leer el diario escrito por su ayudante, naturalmente, redactado en lenguaje normal.

—Y el doctor Hyganczy encontró ese documento antiguo...

—Una copia exacta, aunque incompleta, redactada nadie sabe por quién. Pasó años enteros tratando de descifrarla, porque conocía parte de la historia.

—Veamos. Usted dice que conocía a Hyganczy...

—Sí, nos conocimos en Europa y comentamos el hecho. Yo le aconsejé

que no utilizase la fórmula, si llegaba a descifrar la clave. Por supuesto, él insistió tercamente, pero yo me negué siempre a decírselo. Al fin, consiguió un permiso de inmigración para los Estados Unidos y se vino aquí. Durante algunos años, trabajó como médico, tras haber convalidado su título. Luego, por lo visto, hizo algunos ahorros y se estableció aquí y decidió dedicarse exclusivamente a encomiar la fórmula.

—Eso quiere decir que él conocía la utilidad de dicha fórmula.

—Sí, porque su descubridor lo había declarado así en un documento anejo. Ambos documentos estaban guardados en un viejo libraco, que Hyganczy encontró en una antiquísima librería de Budapest. Yo entré en conocimiento por otros caminos, ahora no importa cómo, puesto que mis acciones no pueden alterar ya las situaciones que se han producido. Pero, en cambio, sí puedo hacer algo para evitar que suceda algo horrible.

—No entiendo —dijo Garfield, un tanto desconcertado—. En primer lugar, dígame, ¿cómo ha venido a contarme todo eso? ¿Quién le ha dicho que yo puedo tener alguna relación con el caso?

—Verá —contestó DeVriijn—, llevo ya algunas semanas en !a ciudad, indagando discretamente sobre los hermanos Hyganczy. He llegado a enterarme de muchas cosas y en el Townbridge, donde me hospedo, me dieron el nombre de Garfield.

—Siga, por favor —rogó el joven, vivamente interesado en lo que decía aquel hombrecillo.

—Además, he llegado a enterarme también de su relación con la señora Conway, la cual, por lo que he podido deducir, está utilizando la fórmula. Una mujer verdaderamente bella, ¿no es cierto?

—Pues... sí, no se puede negar...

—¿Usted cree? —dijo DeVriijn sonriendo extrañamente—. Yo la he visto también y es muy hermosa. Pero me ha engañado, y a usted también, y a todo el que la ve. En cambio, a quien no puede engañar es a. .

Sin completar la frase, DeVriijn metió la mano en su bolsillo y sacó una fotografía que entregó a su interlocutor.

—La he tomado hoy, a mediodía —agregó.

Garfield fijó sus ojos en la cartulina y estuvo a punto de desmayarse.

CAPITULO XII

Durante unos segundos, Garfield contempló la fotografía con ojos hipnotizados. No, no se podía negar que había sido tomada aquel mismo día. Detrás de Thelma, a quien se veía caminando por una calle céntrica, se veía un gran reloj-calendario de anuncio. El reloj era de tipo digital y se divisaban claramente las cifras de la hora y la fecha.

Pasados unos segundos. Garfield alzó la cabeza y miró fijamente al anciano. DeVriijn sonrió:

—El objetivo de la cámara es una cosa inanimada. No se le puede influenciar, como sucede con la mente humana.

—Comprendo —murmuró Garfield, terriblemente impresionado—. Pero se han producido otros sucesos...

—Sí, ha conseguido muchísimo dinero y una elevada posición. Pero ya le digo que se debe a su poder de influencia en otras personas.

—¿Sólo domina a las personas? Recuerdo algunas carreras de caballos, unos perros que eran fieras...

—Bien, en cierto modo, los animales poseen también una mente, no racional, pero sí influenciable en determinados sentidos. A un caballo se le puede hacer correr más o menos, sin necesidad de usar el látigo o las espuelas, ni tirar de las riendas, y un perro fiel nos obedece siempre... En el caso de la señora Conway, esa influencia se hace mucho más notable.

—Comprendo. Pero no podemos hacer nada, señor DeVriijn.

—¿No? Por lo que yo sé, usted es amigo de ella. Debería verla y hablarla muy seriamente. Tiene que convencerla de que abandone la fórmula para siempre.

Garfield sonrió.

—Mi querido amigo, dudo mucho de que yo pueda persuadir a Thelma para que haga algo, cuando ha decidido hacer una cosa totalmente opuesta —contestó.

—Tendría que verla y decírselo. En todo caso, que sea ella misma la que tome la decisión de abandonar a Uhulghor para siempre.

—No querrá escucharme siquiera... Pero ¿por qué he de decirle eso?

—Usted conoce el documento.

—Bien, yo sé que contiene una fórmula que estimula enormemente las facultades mentales, lo que convierte a la persona que emplea ese medio en un ser con poderes realmente extraordinarios. Lo sé y creo en la fórmula, porque he tenido ocasión de comprobarlo personalmente y, por si fuese poco, está la fotografía. Pero tratar de persuadirla sólo con buenas palabras...

—Lo sé, y me imagino que usted estima es un empeño bastante difícil. Pero tiene que intentarlo, muchacho. Si ella ha de hacer caso a alguien, es a usted y a nadie más.

—Lo dudo mucho. Tengo la sensación de que se ha vuelto muy ambiciosa.

No está satisfecha con lo que ha conseguido y querrá más todavía. Todo le parece poco, créame.

—Entonces, háblele del documento. Dígale que está incompleto. Yo se lo he dicho a usted antes, ¿no es cierto?

Garfield asintió con un gesto. DeVriijn añadió:

—Stephen Hyganczy consiguió la fórmula, pero no la parte escrita que contiene la recomendación final que se hace al que la utiliza, a fin de no resultar dañado de forma irremisible. Yo sí tengo el documento completo y sé lo que le puede pasar a la señora Conway si continúa utilizando la fórmula.

—Por favor, dígame, ¿qué le sucederá? —preguntó el joven. DeVriijn satisfizo su curiosidad. Garfield se aterró.

—Dios mío... No puede ser...

—Es cierto —insistió el visitante—. ¿Sabe usted cuánto tiempo lleva ella empleando la fórmula? Debió de empezar a la muerte del doctor Hyganczy, ¿no es cierto?

Garfield hizo un rápido cálculo mental y sintió que la frente se le cubría de sudor.

—Si lo que dice usted es verdad, entonces, ella... esta misma noche se... se...

No se atrevía a completar la frase, tal era el horror que sentía. Pero, haciendo un esfuerzo, consiguió reaccionar y levantó el teléfono. Nellie, se dijo, tenía que saber lo que sucedía.

* * *

—He estado buscándote por todas partes como un loco —dijo Garfield, horas más tarde, apenas puso la vista sobre Nellie.

—Tenía entre manos un caso importante y no podía dejarlo. Algo te habrán dicho en Jefatura, ¿no?

—No me han dicho nada —contestó él sarcástico—. Ya me imagino que se debe al secreto profesional, pero, vamos, al menos podían haberte dicho algo a ti.

—No podía comunicarme con nadie, absolutamente —respondió la muchacha—. Ni siquiera me llevé mi transmisor portátil y, por supuesto, ni el revólver ni la documentación. Estaba vigilando a alguien.

—Bueno, eso no importa ahora. Quiero que veas esta fotografía.

Estaban en el apartamento de la muchacha, al que Garfield, desesperado de encontrarla, había acudido como último recurso. Desde su entrevista con DeVriijn, a las ocho de la tarde, habían transcurrido más de tres horas y eran ya las once y algunos minutos.

Nellie tomó la fotografía. Inmediatamente, lanzo una exclamación de sorpresa:

—¡Es tía Thelma, antes de su cambio...!

—Nellie, fíjate en la fecha. Ha sido tomada hoy.

Los ojos de la joven volvieron a la cartulina. Nellie sintió un helado escalofrío.

—¿Dios mío! Entonces, es cierto...

—Ella puede influir sobre nuestras mentes, pero no en una cámara fotográfica, que es un objeto inanimado. Por supuesto, el que tomó la fotografía, lo hizo disimuladamente, de modo que ella no se enteró. Pero ahí aparece con su aspecto real, no con la apariencia que nosotros creemos posee.

—¿Y qué vamos a hacer? —exclamó Nellie, desconcertada—. Sea lo que sea, no hay motivos para acusarla de nada... Bueno, motivos, sí; pero no pruebas que se puedan presentar ante un juez.

—No vamos a acusarla de nada —contestó Garfield—. Lo que vamos a hacer es salvar su vida. Esa fórmula sólo se puede utilizar siete veces, con intervalos de siete semanas cada vez. Y hoy se cumple la fecha de la octava semana si, como sospecho y creo es la verdad, empezó el día en que murió el doctor Hyganczy.

—La llamaré por teléfono...

—No te molestes. Yo lo he hecho innumerables veces y nadie me ha contestado.

Tenemos que ir a su casa y cuanto antes mejor.

Nellie consultó su reloj.

—Las once y dieciséis minutos —dijo—. Llegaremos con el tiempo justo.

La fotografía quedó abandonada sobre la mesa. En ella aparecía la imagen de una mujer alta, delgada, de pecho plano, nariz ganchuda, pelo grisáceo y cara huesuda.

* * *

La cancela no había sido reparada. Garfield calculó que, divulgado ampliamente el suceso, no habría muchos que se atreviesen a penetrar en un recinto tan ferozmente defendido. Bastó empujar un poco, para que la verja girarse sin dificultad.

«Zyro», el único vigilante, salió al encuentro de la pareja, olfateándoles suspicazmente en el primer momento. Luego dio media vuelta y se alejó con un trotecillo de clara indiferencia.

La puerta de la casa estaba cerrada. Nadie contestó a sus llamadas.

—Habrá salido —supuso la muchacha.

—Tiene que estar aquí —insistió él—. Thelma cree que debe repetir la operación cada siete semanas, pero ignora que no puede pasar de la séptima. La octava le resultará funesta... si no llegamos a tiempo.

De pronto, Nellie concibió una idea.

—Ven —dijo—. Sé dónde está el cuarto donde hace sus conjuros. Si es necesario, haremos saltar un cristal.

Ella agarró la mano del joven y tiró de él. Dieron la vuelta a la esquina y se situaron al pie de una ventana que daba a una habitación aparentemente a

oscuras.

Pero al otro lado del cristal había un espeso velo negro que ocultaba la visión. Nellie se dispuso a romper uno de los vidrios con el codo, pero Garfield cortó el gesto.

—Aguarda —dijo.

Hurgó en sus bolsillos y sacó una navaja, con la que forzó el pestillo de la ventana. Un segundo después, levantaba el bastidor.

Entonces oyeron una voz inconfundible:

—Uhulghor, soy tuya y tú eres mío. Ven, ven a mí...

Nellie se apartó de la ventana, horripilada. Garfield alargó una mano y separó un poco los cortinajes.

Entonces vio a Thelma, en el centro de la estancia, sentada sobre sus talones, frente a la vela que ardía con llama verde. Thelma tenía los ojos cerrados y recitaba una monótona cantinela, a la vez que movía el torso adelante y atrás.

De súbito, algo bramó en el interior de la estancia. Era como un viento poderoso que agitaba la llama, sin conseguir apagarla, un huracán que, no obstante, no causaba efectos en el resto de la decoración.

—¡Thelma! —gritó el joven.

Pero ella no pareció escucharle. Seguía entonando su canción monocorde, entremezclada con frecuentes invocaciones a Uhulghor. De repente, ocurrió algo espantoso.

La llama verde se alargó extraordinariamente y rozó el cuerpo de Thelma. Un grito agudísimo brotó de los labios de la mujer. Thelma, sin embargo, no se movió.

El fuego se transmitió a su cuerpo rápidamente. En pocos segundos, Thelma se convirtió en una gigantesca vela verde, que emitía un deslumbrante fulgor también verde. El rostro, los ojos, la nariz, los labios... todo se fundió en aquella masa aparentemente de cera, pero que, en lugar de arder solamente por el pábilo, se quemaba desde la cúspide hasta la base.

Ahora, el dulzón olor, incluso agradable, se había transformado en un espantoso hedor que repelía y asqueaba. Pero la morbosidad mantenía a los dos jóvenes con los pies clavados en el suelo, mientras contemplaban aquella increíble escena como si estuviesen hipnotizados.

Unos minutos más tarde, no quedaban otros rastros de Thelma que un montoncito de apestosas cenizas. La potencia de aquel fuego diabólico había sido tal que incluso se habían consumido los huesos.

Uhulghor, pensó Garfield, cualquiera que fuese su misterioso origen, había castigado así la desobediencia a sus mandatos.

* * *

—Ella, y también Hyganczy, debían de creer realmente en la existencia de Uhulghor en el interior de su mente. Sólo así se explica lo que parecía un

diálogo, en el que no podíamos escuchar más que a una de las dos partes. Pero ellos oían las respuestas en el interior de su mente —dijo Garfield al día siguiente, ya repuestos de la horrible impresión sufrida.

—Y así obtenían una potencia mental y una clarividencia realmente asombrosas. Sobre todo, ella, que utilizó más tiempo los mágicos poderes de la fórmula de Uhulghor.

Nellie enseñó algo a Garfield. Era un documento altamente revelador, apreció el joven después de la primera ojeada.

—Thelma entregó el certificado médico de defunción de Hyganczy, porque no había manipulado en él —agregó Nellie—. Pero, en cambio, se guardó la supuesta orden de su víctima, para que incinerasen el cuerpo después de muerto, lo que eliminaba así la búsqueda de posibles rastros de su veneno empleado. A Carruthers, naturalmente, lo sugestionó y le hizo firmar lo que ella quería, como también le hizo creer que Hyganczy deseaba ser incinerado después de muerto. Nosotros también lo creímos —murmuró ella tristemente —. Ese documento no es sino una burda falsificación... pero su poder no llegaba a tanto como para enseñarnos las manos vacías y hacemos creer en un papel inexistente. Algo teníamos que ver, ¿comprendes?

—Sí, veíamos a una mujer y creíamos que era hermosa, seductora... Garfield miró a la muchacha.

—Por cierto, ha dejado una inmensa fortuna —exclamó. Nellie hizo un gesto negativo.

—Puede que resulte tonta, pero no quiero un solo centavo de ese dinero. Fue conseguido ilícitamente... bueno, no del todo, pero me repugnaría disfrutar de esa fortuna. Siempre estaría pensando en la forma en que fue acumulada, ¿comprendes?

Garfield asintió.

—Bien, tengo que marcharme —dijo—. No me necesitas para nada, supongo. Nellie no contestó. Garfield, un tanto decepcionado, abrió la puerta y salió.

Al llegar a la calle, levantó la vista. El cielo era azul, hermoso, resplandeciente. Sacudió la cabeza y, alejando de su mente ciertos pensamientos poco agradables, echó a andar.

De pronto, recordó que tenía que hacer algo. Fue al Townbridge y preguntó por Hugo DeVriijn.

—Lo siento, señor; aquí no se hospeda nadie con ese nombre —respondió el conserje.

—Pero, si él mismo me dijo... Era un viejecito muy simpático, de pelo blanco, mejillas sonrosadas...

—Ah, usted se refiere al doctor Uhulghor. El joven se quedó atónito.

—¿Se llama usted Garfield, señor? —preguntó el empleado.

—Sí...

—El doctor dejó una carta para usted. Aquí la tiene, señor Garfield.

Las manos del joven rasgaron nerviosamente el sobre. Dentro había una

cuartilla, que leyó ávidamente:

> «La fórmula ha sido destruida y nadie más volverá a emplearla. No es conveniente; sólo causa males inmensos. A usted le deseo la felicidad que, sin duda, conseguirá un día no muy lejano.
>
> Adiós,
>
> Uhulghor

Garfield salió del hotel, muy pensativo, abanicándose con el papel. Uhulghor, ¿había existido realmente? ¿No era una ilusión de su cerebro?

Pero ¿había sido cierto todo lo ocurrido? ¿Habían existido alguna vez los hermanos Hyganczy y Thelma Conway... y los dos atracadores y un jugador tramposo llamado Canby?

Una racha de viento refrescó su cara. Miró el papel. Casi no le sorprendió en absoluto ver que las letras habían desaparecido.

Sonrió. Hizo una bola con la cuartilla y la arrojó a una papelera que encontró en su camino. Al pasar por un bar, oyó al locutor de la radio describiendo la marcha de una carrera. Jamás volvería a poner los pies en el hipódromo, se prometió solemnemente.

* * *

Un par de semanas más tarde, se tropezó casualmente con Nellie.

—Estás guapísima —dijo.

—Gracias. Creí que me llamarías por teléfono...

—Pensé que no me contestarías. Sigues enfadada conmigo.

—¿Yo? Oh, Delbert, ¿cómo se te ocurre una cosa semejante?

—Una vez hablaste de un pellejo con huesos... ¡Caramba, tendrías que haber estado en mi lugar, para saber lo que pasé!

—No, gracias, prefiero seguir siendo la misma.

—Pero si te hubieras encontrado con Hyganczy, después de que empezó a utilizar la fórmula y él hubiera querido conquistarte, habrías caído en sus brazos sin remisión. Hubieras creído que estabas con un hombre apuesto y gallardo, de unos cuarenta años... y, en realidad, habrías estado con un tipo que ya había rebasado la setentena.

—Por fortuna, eso no se ha producido, Delbert.

—No sabes cuánto me alegro. Y qué, ¿cómo va el trabajo por tu departamento?

—Ahora tengo unos días de vacaciones. No sé adónde ir...

—¿Me permites sugerirte una idea?

—Claro, hombre.

Garfield pegó los labios al oído de la muchacha. Ella escuchó atentamente unos segundos y luego se separó para mirarle.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—Absolutamente —respondió él.

—¿Es tan bonita tu casa de campo?

—Preciosa. Hay unos paisajes maravillosos; estamos llegando al otoño, las hojas de los árboles se doran, a lo lejos se oye el rumor de una cascada... y por la noche, el fuego en la chimenea, resulta de lo más agradable...

—Me estás tentando como el mismísimo diablo, Delbert. Me parece que voy a sucumbir, aunque con una condición.

—Aceptada de antemano —respondió él vivamente.

Nellie se empinó sobre las puntas de los pies y habló algo al oído del joven. Garfield consultó su reloj y sonrió.

—Creo que todavía tengo tiempo de llegar a la oficina donde despachan las licencias de matrimonio —dijo.

—Procura no llegar tarde o mañana te irás solo a tu cabaña —exclamó Nellie alegremente.

FIN